

DOCTORA COSMOGONO

FRANK CAUDETT





Creo necesario este prólogo explicativo, al efecto de disipar las pequeñas dudas que puedan surgir ante la lectura del título de esta obra, un tanto desconcertante si se quiere.

Es Cosmógono, el versado en Cosmogonía.

Es Cosmogonía (del griego kosmogonía, de kosmogonos; de gosmos, mundo, y de gignomai, ser o producirse), la ciencia que traía de la génesis del Universo. Por tanto, problema que interesa por un igual a científicos, filósofos y teólogos. La ciencia, partiendo de la observación, de la investigación directa y de la experiencia, estudia especialmente lo referente a las causas segundas; la filosofía, remontándose más arriba, se ocupa de la causa primera creadora de la materia, de la energía, de la vida, del hombre y de todas las cosas naturales, valiéndose para ello de las luces de la razón; la teología, avanzando más que la ciencia y la filosofía, estudia los datos de la Biblia sobre la creación del mundo por Dios, y da de ellos una interpretación correcta.

He aquí una síntesis de la Cosmogonía y de su importancia.



Frank Caudett

Doctora Cosmógono

Bolsilibros - Servicio Secreto - 891

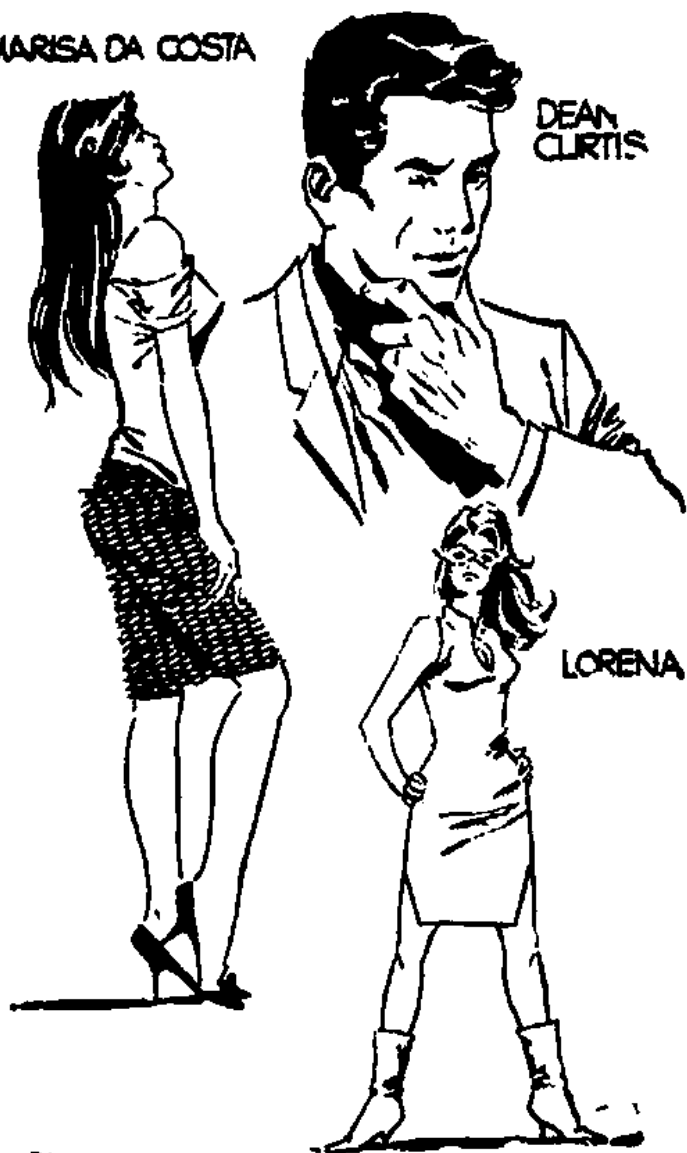
ePub r1.1
LDS 15.12.17

Título original: *Doctora Cosmógono*
Frank Caudett, 1967
Cubierta: Desilo
Ilustración interior: Peña
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS SERVICIO SECRETO





MARISA DA COSTA
DEAN
CURTIS
LORENA

Aclaraciones al lector

Creo necesario este prólogo explicativo, al efecto de disipar las pequeñas dudas que puedan surgir ante la lectura del título de esta obra, un tanto desconcertante si se quiere.

Es Cosmógono, el versado en Cosmogonía.

Es Cosmogonía (del griego kosmogonía, de kosmogonos; de gosmos, mundo, y de gignomai, ser o producirse), la ciencia que traía de la génesis del Universo. Por tanto, problema que interesa por un igual a científicos, filósofos y teólogos. La ciencia, partiendo de la observación, de la investigación directa y de la experiencia, estudia especialmente lo referente a las causas segundas; la filosofía, remontándose más arriba, se ocupa de la causa primera creadora de la materia, de la energía, de la vida, del hombre y de todas las cosas naturales, valiéndose para ello de las luces de la razón; la teología, avanzando más que la ciencia y la filosofía, estudia los datos de la Biblia sobre la creación del mundo por Dios, y da de ellos una interpretación correcta.

He aquí una síntesis de la Cosmogonía y de su importancia.

Comentemos ahora la relación entre Cosmogonia y Geología, para que el lector comprenda algunas secuencias de la obra que, formando parte de la trama argumental puramente imaginarias, tienen unos fundamentos científicos rigurosamente verídicos y no deben ser interpretadas como causa de una simple inventiva, ni tampoco como efectos de una «filo-ciencia-ficción».

Llámase Geología (del griego gé, tierra, y logos, tratado) a la ciencia que estudia la forma exterior e interior del globo terrestre; de la naturaleza, de las materias que lo componen, de su formación, de los cambios o alteraciones de su origen. Se divide y subdivide en múltiples ramas que estudian por separado sus distintas especialidades.

En la llamada Geología Histórica o Historia de la Tierra, se

distinguen dos etapas. La primera, llamada Tiempos Cosmogónicos, o sea, la que se relaciona con la Cosmogonía, es la que trata o estudia la creación hasta la formación de la corteza terrestre.

Puede decirse, pues, en resumen, que cosmógonos y geólogos, estudian y se versan en las alteraciones sufridas en la imagen interna y externa de nuestro planeta, desde la creación hasta la actualidad.

El Autor.

CAPÍTULO PRIMERO

¡Es vergonzoso! ¡Sí, señor! ¡Vergonzoso!

La exclamación triple había boqueado en labios de un cincuentón calvo, gordo, macilento y rechoncho.

A su lado, fingiendo dormitar y ahogando continuos bostezos, se retrepaba contra el asiento trasero del coche un individuo que no contaría más allá de los veintiocho años.

Moreno, de cabellos rebeldes, facciones correctas y unos transparentes ojos azules que contrastaban con el color de su tez y cabello.

Pese a estar sentado, se le adivinaba alto.

Mostraba anchos hombros y extraordinaria complexión atlética. Podía suponérsele una agilidad y elasticidad muscular peligrosamente ofensiva.

Ladeó la cabeza con expresión ingenua para preguntarle a su compañero de viaje con notoria ironía:

—¿Puede saberse lo que es vergonzoso, profesar George?

Anthony George curvó los labios en desagradable rictus.

—¿Y tiene el cinismo de preguntármelo?

Dean Curtis cambió su expresión ingenua por otra de asombro.

—¡Profesor! ¿Ha dicho cinismo?

George, que iba congestionándose a medida que avanzaba la conversación, exacerbado además por la burla patente de Curtis, tralló:

—¡Sí, eso he dicho! ¡Cinismo! ¡Convertir la vida privada de un ser humano en truculento e imaginativo argumento policíaco, inmiscuyéndose en los más nimios…!

Curtis se alzó de su cómoda posición, interrumpiendo al excitado profesor con estas palabras:

—¿Quién le mandaba a usted encerrarse en un laboratorio y dedicar su inteligencia al diseño y construcción de simpáticos aparatitos que pueden destruir medio mundo en menos tiempo del que se tarda en prender un pitillo? Si en lugar de eso se hubiese dedicado a descubrir el síndrome del cáncer…

—¡Razona usted como un niño!

—¿Por…?

La pregunta, como todas las de Curtis, era por demás irónica.

—¡Por, por, por! ¿Quién le mandaba a usted inscribirse en una academia de polizontes, aprender a perseguir criminales, «doctorarse» en asesinato legal y salir a la calle…?

—Con una chapa y una pistola para custodiar tipos como usted. ¿Iba a terminar su pregunta en esos términos, profesor? —Sonrió con sarcasmo antes de agregar—: Muy sencillo, amigo George. Porque si no existiésemos los «doctores» en asesinato legal…, las eminencias como usted tampoco existirían.

Anthony George fulminó al muchacho con la mirada.

—¿Qué quiere decir?

—¡Oh! Suponía que la cosa estaba clara. Su vida y la de sus colegas no valdrían un cochino centavo. «Doctores» con licencia para practicar la eutanasia no necesaria, se encargarían de liquidarles a ustedes con la misma tranquilidad que se cose a tiros a un perro rabioso. Eso, después de robar los valiosísimos hijos de su mente. ¿Entiende, profesor?

No.

George no lo entendía.

—¡No y mil veces no! Soy un ser humano. Tengo derecho a disfrutar unos días de asueto con entera libertad. Tengo derecho a meditar…

—¿Quiere decir a ponerse en paz con su conciencia?

—¡Me está insultando!

Dean Curtis esbozó una escéptica sonrisa.

—Nada de eso, profesor. Decir las verdades y llamar a las cosas por su nombre nunca ha sido insulto. Quien vive y labora en pro de la destrucción es lógico que necesite ponerse en paz con su propia conciencia.

George, al borde de un ataque apoplético, tralló:

—¡Lo admito así! ¡Pero hasta para ponerme en paz con mi

conciencia necesito y tengo el derecho de estar solo!

Dean se encogió de hombros.

—Lamento que los de Washington no compartan su opinión, profesor. Sinceramente, no me cae usted nada simpático. Y «tirarme» quince días en su desagradable compañía…, la verdad, no me seduce.

—¡Grosero!

—¡Oh, no! Querrá usted decir: *sincero.*

Mientras Anthony George —profesor de física y científico atómico nuclear— y Dean Curtis —agente especial del Departamento Nacional de Defensa del C. I. A—. proseguían su discusión, enconada por parte del primero, burlona e irónica por cuenta del segundo, el automóvil negro en donde viajaban ambos había dejado atrás la carretera de la playa, internándose por las calles de la capital hawaiana.

El conductor, aflojando la presión que su pie derecho ejercía sobre el acelerador, se internó hábilmente por la concurrida cinta de asfalto, sorteando con pericia los vehículos que circulaban a velocidad inferior.

No era denso el tráfico de Honolulú, pero sí peligroso.

Algunos conductores manejaban sus autos como verdaderos bólidos, mientras otros lo hacían como auténticas tortugas.

Anthony George, sin replicar a la última palabra de Curtis, al enfático *sincero*, pareció enfrascarse en lo que sucedía al otro lado de la ventanilla.

Hasta que el auto se detuvo.

Curtis, ahogando un bostezo, estiró los brazos con perezosa negligencia y se incorporó ligeramente, restregando la espalda contra el respaldo del mullido asiento.

Tendió la mano derecha hacia la manecilla de la portezuela.

—Hemos llegado, profesor.

Abrió la puerta.

Y sólo asomar la cabeza, sus ojos azules tropezaron con las modeladas caderas que nacían por debajo de una cimbreña cintura y se movían cadenciosamente en el interior de una falda tubo de color verde oscuro.

Soltó un silbido.

—¿Qué diablos le pasa? —inquirió George, intemperante.

Curtis salió entonces disparado.

A la propietaria de aquellas maravillosas caderas acababa de caerle su bolso al suelo.

Y ella seguía caminando. Cadenciosa. Dejando atrás el bolso y la línea escultórica de sus bien formadas piernas.

—¡Eh, muñeca!

Dean Curtis tomaba con la izquierda el menudo bolso en el instante que sonó el primer disparo.

¡Bang!

—¡Al suelo, profesor!

Al tiempo que soltaba la exclamación, el agente del C. I. A, ya estaba rodando en tierra y extrayendo su automática de la funda axilar.

—¡Aaaaah!

El grito lo había soltado la muñeca de preciosas piernas y rotundas caderas.

No.

Ningún disparo la había alcanzado. Porque también estaba en el suelo con las manos apretadas sobre la garganta.

Doblada la falda. Mostrando de verdad cuanto de maravillosas tenían sus extremidades inferiores.

Curtis no podía perder un segundo en trivialidades.

Había localizado a uno de los autores de la inesperada agresión.

Protegido tras la columna que flanqueaba la entrada de un elevado edificio granítico. Oprimió el gatillo de su pistola.

Vio cómo se doblaba el fulano soltando su arma.

Y entonces nuevos disparos sonaron provenientes de la acera contraria.

Dean Curtis, en un alarde de temeridad que apenas tuvieron tiempo de contemplar los asustados viandantes que corrían a refugiarse en los portales y huecos que encontraban, salvó en *plongeon* impresionante el vehículo negro en que había viajado con el profesor George y aterrizó en la calzada dando inverosímiles vueltas sobre sí mismo, al tiempo que su índice oprimía una y otra vez el gatillo.

Cayó otro de los agresores retorciéndose entre agónicos estertores.

El otro, tercero y último, por lo visto, ante la inesperada

maniobra de Curtis, trató de huir en dirección al «Nash» azul oscuro que aguardaba en la esquina inmediata con el motor en marcha.

Al volverse de espaldas ofreció un blanco perfecto al cañón de la automática de Curtis. No quiso matarle.

Por eso le disparó a las piernas.

En el mismo instante que el fulano, tratando de dar mayor velocidad a su torpe huida, tropezaba en su propio impulso derribándose en tierra.

Mortal coincidencia.

La bala se coló por su nuca causándole la muerte instantánea.

Dean Curtis, de pie, corrió hacia el «Nash», que arrancaba en aquel momento como una exhalación.

Baldío esfuerzo.

Cuando llegó a la esquina, el vehículo ya desaparecía por la inmediata.

Curtis, imprimiendo a sus movimientos el dinamismo que lo caracterizaba, regresó al lugar en que uno de los agresores aparecía tendido de bruces en tierra, sobre un charco de sangre, pasadas ambas manos por debajo del cuerpo y fuertemente apretadas contra el vientre.

La agonía era lenta.

Dean lo volvió boca arriba.

—No soy un misionero franciscano —le dijo con cierta brusquedad, inclinándose hacia él—. Te estás muriendo, amigo. El que te ha enviado aquí no tiene suficiente influencia en el infierno como para sacarte de allí. Dame su nombre y muérete en paz.

Tenía los ojos grises convertidos en dos pedazos de cristal.

Una espuma negruzca manaba por la comisura de sus labios finos.

—Yo… trat…

Obvio que era sobrehumano el esfuerzo que estaba realizando para intentar coordinar una frase coherente.

Curtis, impaciente, lo alzó levemente del suelo sujetándolo por ambos hombros.

—¡No pierdas tiempo! —le gritó—. Te quedan segundos de vida. Dame el nombre de esa persona.

Una bocanada de sangre salió por su boca como un torrente desbordante, llegando a salpicar la chaqueta de Curtis.

Musitó débilmente:

—Doc… tor… a… Cos… m…

Ladeó la cabeza.

Sus ojos quedaron fijos en un punto inexistente.

Muerto.

Curtis se limpió la sangre que tenía en la palma de la zurda. Caminó lentamente, observado por un buen número de rostros temerosos, en dirección al coche negro, Anthony George seguía tendido en el piso del coche, lo mismo que el chófer.

—Puede salir, eminencia. El peligro ya ha pasado.

George, convertido en un montón de temblorosa gelatina, salió del automóvil adoptando cómicas precauciones.

Curtis se preocupaba entonces de la maravillosa criatura cuyo bolso había llegado al suelo en el instante que sonaba el primer disparo.

Estaba aterrada.

Mas no por ello menos hermosa.

—¿Cómo te llamas, preciosa?

Electrizante belleza.

La criatura más perfecta y mejor formada que los azules ojos de Dean Curtis tuvieran ocasión de contemplar en los últimos veintiocho años.

Justamente los que tenía el agente del
C. I. A.

Cobriza la cabellera. Tostado el rostro. Escultural el cuerpo. Una estatua del Olimpo, ardiente el fulgor de sus pupilas verde violeta que chispeaban al ondular dentro de la línea oblicua que componían las órbitas.

Entreabiertos los labios. Sensuales, gordezuelos y arqueados, que hablaban del beso en mudo poema paradisiaco.

—Marisa Da Costa.

Había pronunciado el nombre con temor.

Curtis sonrió lentamente.

—Eres divina, Marisa. No he sido muy bien recibido en Honolulú…, pero por el solo hecho de conocerte a ti, ha valido la pena…

—¡Ha valido la pena que nos cosieran a tiros como perros rabiosos! —Tralló el profesor George, llegando a la altura de la

pareja.

—Esa frase es mía, profesor —repuso mordaz el joven Curtis. Señaló un edificio que se alzaba frente al lugar en donde se había detenido el auto. Dijo burlón—: «Paradis Rouge», profesor George. Tenemos reservadas dos habitaciones. Usted la dieciocho, yo la veinte. ¿Le importa ir ocupando la suya?

George soltó un bufido y giró sobre los talones encaminándose hacia el hotel.

Marisa, que ya había recogido su bolso, preguntó de repente:

—¿Por qué han querido matarle, señor…?

Curtis torció levemente la cabeza.

—¡Oh, perdón! Como siempre. He olvidado presentarme. Mi nombre es Dean Curtis. ¿Qué me decías, preciosa?

Ella, halagada por el tuteo, tras recorrer con abierta franqueza la gallarda silueta del muchacho, repitió:

—¿Por qué han querido matarte, Dean?

—¡Bah! Olvídalo, pequeña. Inconvenientes de ser otro hombre atractivo. Tengo cientos de admiradoras. Cuando una de ellas sospecha que ya no merece mi atención…, ya ves, envía tres o cuatro pistoleros a por mí.

Marisa sonrió con sus golosos labios.

—Pareces estar muy acostumbrado…

—No a conocer bellezas deslumbrantes como la tuya —le atajó Curtis, con cierta vehemencia—. Marisa…

—¿Sí, Dean?

Curtis se mordió el labio inferior fingiendo meditar.

—El destino es a veces un amigo de maravillosos detalles. Una mujer hermosa, un bolso, unos disparos… Necesitamos honrarle.

—¿Honrarle?

Curtis sonrió ingenuamente.

—Al destino, muñeca. Se ha devanado los sesos para que tú y yo nos conociéramos, ¿no te das cuenta? Merece que le honremos siendo buenos amigos. La amistad entre un hombre y una mujer es algo muy complejo, muy difícil de definir.

Marisa sonrió con cierta picardía.

—No te esfuerces, Dean. Comprendo perfectamente. No me importa ser una más de tus múltiples admiradoras…

—Merezco menos, muñeca. Con verte me conformo.

Ella, abriendo sus jugosos labios, sonrió ampliamente.

—¿Esta noche?

—Esta noche, encanto. ¿Dónde?

—«Chez Chacha». Todo el mundo conoce ese lugar en Honolulú.

Y antes de que Curtis tuviese tiempo de replicar, Marisa, alzándose sobre la puntera de los zapatos, rozó con los suyos los labios del hombre.

—Hasta la noche, amor.

Y se alejó.

Con su contoneo. Con sus piernas. Con el movimiento rotativo de sus caderas rotundas.

¡Qué maravilla de mujer!

Entretanto, ambulancias y policía ya habían hecho acto de presencia. Los testigos presenciales señalaron sin vacilar la figura de Curtis.

Por eso se le acercó uno de los tipos uniformados.

—Soy el teniente…

Curtis le dio unas palmaditas burlonas en la mejilla.

—Correcto, correcto. Teniente de la Brigada de Homicidios o algo por el estilo. Dean Curtis, del
C. I. A.

—Necesito…

—Correcto, correcto. Necesita ver mi credencial…, aquí la tiene, aquí la tiene.

Había sacado del bolsillo interior de la chaqueta su portacarnet.

—Tendrá usted…

—No, no, no… Nada de eso, teniente. No tendré que prestar declaración alguna. ¿Entiende?

Era nativo de Hawai. Lo decía el color de su piel y el acento que le daba a su inglés, no obstante correcto.

—No entiendo —repuso, secamente.

Curtis sonrió como un niño travieso.

—Entiende enseguida, amigo. Estoy aquí en misión oficial de protección. La persona que tengo bajo mi custodia es un importante científico. Han tratado de atacarle, ¿comprende? Y si no lo comprende, comuníquese con Washington. Ellos le aclararán el asunto. He tenido mucho gusto, teniente.

Y se largó con rápidas zancadas en busca del hotel.

¡Vaya con la niña!

La que estaba situada tras el mostrador de recepción.

¡Y qué bien situadas tenía sus armas de ataque contra tanques masculinos!

—¿Te pones el mismo jersey cada día, prenda?

Ella, morena, ojos negros, busto turgente y sonrisa pletórica de insinuación, negó rotundamente.

—No. Tengo otro más ceñido y escotado. Sólo me lo pongo en la intimidad. Quedo libre a las once.

Curtis frunció el entrecejo.

—¿Mañana?

—De acuerdo, apolo. ¿Eres Dean Curtis, no? De acuerdo. Habitación veinte. Tengo duplicado de la llave.

—*O. K.* Serás bien recibida y mejor atendida.

Le propinó un suave cachete en su bronceada mejilla.

CAPÍTULO II

Era una sala transparente donde los muros habían sido sustituidos por paredes de cristal pulimentado.

En toda su extensión dibujábase un inmenso mapamundi sobre el cual, brillantes puntitos multicolores señalaban con matemática exactitud el emplazamiento de bases secretas, rampas de lanzamiento de proyectiles dirigidos, centros experimentales y posiciones enemigas prontas a ser destruidas en un momento determinado.

Pero todo aquello parecía carecer de interés actual para los allí reunidos.

Una veintena de rostros ansiosos estaban pendientes de lo que iba a suceder en la pantalla de un sencillo televisor, con las respiraciones contenidas y los corazones latiendo agitadamente.

Ahora tan sólo una serie de líneas difusas y sinuosas dibujaban en el aparato.

Bruscamente se confundían en una sola para de repente dispararse de nuevo y componer aquel incomprensible trazado.

El técnico fue pulsando las palancas y ajustando con precisión los cuadrantes.

Hasta conseguir una imagen nítida.

Despacio, fue aclarándose la interferencia para ofrecer finalmente una pantalla luminosa debidamente enfocada.

Hubo entonces murmullos de asombro.

—Señores —dijo una voz—, les habla la «Doctora Cosmógono».

Indudablemente era una mujer.

Vestida de extraña manera.

Con un ancho dominó de color escarlata y cubierto el rostro por una máscara del mismo color.

—¿Quién es esa dama? —preguntó uno de los reunidos.

—Despacio, señor Jaroux. No tardaremos en saberlo —respondió el que parecía llevar la voz cantante del grupo.

—Señores —repitió la imagen que tenían en la pantalla—, quiero que sepan y comuniquen a sus Gobiernos que todas las quimeras del mundo han terminado. Ya no será preciso, desde este instante, que sigan interesados en la conquista del espacio, en el envío de satélites tripulados con el afán de explorar mundos ignotos, en la construcción de ingenios bélicos destinados a destruir nuestro Universo. Es inútil ya que continúen luchando entre ustedes por la obtención de esa arma deseada que les permita la hegemonía absoluta sobre los demás. Todo eso, señores, ya no es necesario. El poder sobre el mundo… ¡es mío!

—¡Eso es absurdo! —exclamó intemperante el delegado británico.

Alguien le recomendó silencio llevándose un dedo a los labios.

—¡Puedo destruir a la especie humana! —matizó con cierta vehemencia quien decía ser la «Doctora Cosmógono»—. Borrar del mapa las ciudades, pueblos, países, todo aquello que se ha construido en dos mil años de civilización; estudio, avance, progreso y evolución. Todo eso, señores representantes de las potencias mundiales… ¡puedo pulverizarlo en minutos!

Enmudeció la imagen para ofrecerles una sonrisa escalofriante.

Prosiguió seguidamente:

—Les estoy viendo, señores. Y en más de uno de ustedes observo un atisbo de sonrisa irónica, un rictus de escepticismo…, un burlón inhibimiento. Pero no estoy aquí solamente para pronunciar frases huecas y altisonantes. He venido para demostrarles y convencerles de que mis palabras pueden convertirse en hechos catastróficos. En una auténtica hecatombe.

—¡No debemos seguir escuchando semejantes utopías! —se desesperó alguien.

—Calma. Yo opino que nos conviene escuchar —adujo uno más consecuente.

—Las cámaras van a situarles, señores —siguió la mujer— en la Polinesia francesa. Exactamente en la isla de Mantangen, al oeste de la de Ducie, ciento veinte grados latitud norte y treinta grados longitud oeste. La población indígena ha sido evacuada. O sea, la

isla está desierta. Pero tiene vida… vida animal y vida vegetal. Y esa vida, señores, van a ver cómo se extingue en fracciones de segundo.

Desapareció la imagen de la mujer para saltar en su lugar la configuración geográfica de un islote que la cámara recorría silenciosamente.

De repente, extendióse por el altavoz el zumbido ensordecedor de las turbinas de un aparato impulsado a reacción que, instantes después, apareció en la pantalla.

Volando por encima del islote.

—El avión que están contemplando —explicó entonces la «Doctora Cosmógono»—, en nada difiere a los reactores que sus países fabrican. Pero en la parte inferior del fuselaje descubre una abertura en la que se ha encajado ese instrumento especial que determina mi poder sobre el mundo: ¡el atómico-fragmentizador! Cuando el piloto accione la palanca que lo pone en funcionamiento, despedirá unos rayos invisibles que absorberán la isla de Mantangen hasta no dejar rastro de ella. ¡Lo mismo que si jamás hubiese existido! ¡Señores, presten atención!

El reactor efectuaba ahora unas pasadas de menor altura, rozando en ocasiones las copas de frondosos arbustos, azotando con su estela propulsora los agudos penachos de las palmeras.

Remontó nuevamente el vuelo para emprender la que parecía ser pasada definitiva.

Lo hizo a mayor altura y aumentando las revoluciones de sus turbinas.

Podía calcularse a simple vista que el avión iba a volar sobre la isla a una velocidad aproximada de dos mil quinientos kilómetros.

Cruzó vertiginosamente, como una exhalación, por encima de Mantangen.

Y cuando se esfumó, en cuestión de segundos, el estupor de los reunidos entre aquellas paredes cristalinas se hizo patente en las asombradas expresiones de sus rostros atónitos.

¡Mantangen había sido borrada de la tierra!

Oyóse decir entonces a la voz de la «Doctora Cosmógono»:

—Por sí alimentan la absurda duda de que cuanto han visto obedece a una serie de trucos cinematográficos, les insto a que recaben de inmediato la opinión autorizada de sus cosmógonos y

geólogos.

Obvia indicación.

En aquel preciso instante, el musical campanilleo de un teléfono pareció tensar los nervios de todos como cuerdas de violín.

Míster Halsted Lloyd, secretario general del OIDM —Intelligence Organization of the Worldly Defence[1]—, alcanzó el auricular con mano insegura.

No tuvo tiempo material de preguntar.

Exclamaron de inmediato al otro extremo:

—Al habla el Departamento Cosmo-Geológico de la Base Experimental de Cabo Kennedy, acabamos de registrar una alteración en la Cosmogonía de nuestro planeta, a ciento veinte grados de latitud norte y treinta grados de longitud oeste, emplazamiento geológico de la isla de Mantangen, Polinesia, se ha producido un circuito de onda expansiva motivada por unos rayos de naturaleza desconocida, desintegrando totalmente, sin dejar partículas, la susodicha isla. Trataremos de determinar las causas del fenómeno y volveremos a informarles.

Halsted Lloyd, pálido el semblante, depositó el auricular con lentitud dentro de la horquilla.

Durante un espacio aproximado de treinta segundos, reinó dentro de la estancia un silencio de sepulcro.

Y luego, volviendo a la pantalla con toda nitidez, el enmascarado rostro de la «Doctora Cosmógono», oyeron decir:

—Señores, han sido testigos de una prueba exigua que apenas establece la verdadera medida del inmenso poder que tengo en mis manos. Puedo hacerlos desaparecer a ustedes con sus ciudades, sus naciones…, con nuestro mundo entero. Pero no es mi intención la de sembrar el pánico. No. Más bien trato de hacerles entender que soy reacia al hecho de aplicar tan drásticas medidas. Por ello, voy a ofrecerles una muestra de mi beligerancia. Dispondrán de siete días para tratar con sus Gobiernos respectivos las condiciones que voy a imponer a partir del momento en que decida ser la dueña del mundo. Esto es *un ultimátum*. Primeramente, quiero el control absoluto de todas sus bases y centros experimentales, asimismo, seré yo la que dirija las operaciones espaciales y quien dictaré las órdenes para establecer los nuevos sistemas de cómo se han de llevar a cabo para conseguir éxitos absolutos. La potencia bélica de

los países a quienes ustedes representan, quedará limitada al uso que yo crea conveniente hacer de ella. Por el momento, señores, éstas son mis instrucciones preliminares. Espero que, después de lo que han contemplado con sus propios ojos, sabrán persuadir a sus políticos y gobernantes acerca de la inutilidad de enfrentarse a mí haciendo uso de sus proyectiles dirigidos… ¡que no sabrían, por otra parte, dónde dirigir!, ni de otras armas que, al igual que tierra y hombres, puedo fragmentar antes de que ustedes consigan ponerse en movimiento. No lo olviden… ¡Tienen *siete días*!

Se esfumó la imagen al instante.

El delegado israelí hundió su puño contra la mesa para exteriorizar su desesperación.

—¡Es el fin del mundo! —gritó.

—¡Eso es obra de un ser monstruoso! —clamó despavorido el representante de la R, a. U.

—¿Monstruoso? —se burló sin ganas su colega inglés—. ¡No digamos sandeces! La realidad es palpable. Esa mujer, ese ser monstruoso como usted le llama, acaba de demostrarnos que dispone de un poder infinitamente superior al nuestro que, hasta hoy, ¡ilusos de nosotros!, creíamos límite de límites y potencia de potencias.

—No veo solución alguna —intervino el representante de la URSS—. Debemos capitular antes de que sea tarde.

Los delegados de Occidente le dirigieron duras miradas.

Más que duras, elocuentes e intencionadas.

—¿Le conviene así a Rusia? —inquirió el más agresivo.

—¡Me ofenden!

—¿Quién puede ser esa mujer? —preguntó uno que hablaba por Italia—. ¿Cuál es su nacionalidad? Averiguándolo podríamos saber si trabaja para una potencia determinada.

—¡Tiene mucha razón! —convino un portavoz africano—. Si esa mujer trata de imponer una demagogia, no es descabellado pensar que alguna nación lucubre en su apoyo. ¿Cómo ha podido, si no, obtener ese ingenio diabólico?

Muchos ojos convergieron en la estirada y rígida silueta del delegado soviético.

Una acusación unánime y silenciosa.

—¡Mi país está por completo ajeno a esa maniobra! —Tralló,

congestionándose.

—¡Caballeros! —exclamó con suave autoridad el secretario—. No es momento de enzarzaros en disquisiciones absurdas y estúpidas, ahora más que nunca debemos aunar nuestros esfuerzos. Si existe una forma de vencer, de luchar y ganar, sólo unidos lo conseguiremos.

—Es lo primero razonable que se ha dicho en esta reunión —aplaudió el delegado francés, señor Jaroux.

—Tenemos mucho que hacer antes de pensar en esa capitulación incondicional que alguien ha insinuado… —apuntó con mucha intención el representante británico.

—Por ejemplo —entró de nuevo en conversación el señor Jaroux—, averiguar el emplazamiento del cuartel general de nuestra enemiga.

—¡Cierto! —Apoyó con vehemencia uno de los delegados asiáticos—. Y además, es lógico suponer que la «Doctora Cosmógono» haya repartido sus agentes por todo el mundo para obtener información exacta de nuestros movimientos, de otra forma, ¿cómo conseguirá saber lo que hacemos en ese plazo de siete días que ella misma nos ha ofrecido?

—Muy acertado —admitió el italiano—. Capturando uno de esos agentes…

—¿Y espera usted que esos agentes lleven una chapa colgada del cuello que los anuncie como espías de la «Doctora Cosmógono»? —inquirió uno, con mucha soma.

—Mi país dispone de un eficaz y excelente Servicio de Inteligencia —opinó el representante de Alemania occidental, entrando en conversación por primera vez—. Sus miembros podrían encargarse de ese trabajo con muchas posibilidades de éxito. Son gente dura y muy bien adiestrada.

—¡Que sabemos exactamente para lo que sirve! —cortó el portavoz israelí, con excitación apenas contenida—. Hitler, Bormann, Eichmann… ¿Son hombres como ésos? ¡La policía, el SS, la Gestapo! Es inconcebible que…

—¡Eh, señores! —se interpuso pacíficamente el delegado belga—. No es hora de remover sepulcros ni de particularizar en dos de nosotros un problema muerto cuando uno vivo, grave y difícil, nos atañe a todos.

—Está sobradamente probado —habló enfático el representante de la URSS— que los dispositivos de inteligencia y contraespionaje de mi país son los más efectivos y los que más éxitos han cosechado en este moderno sistema de lucha. Si consiguen «cazar» uno de esos agentes de la «Doctora Cosmógono» —rió breve y secamente—, no hay duda de que le harán «arrojar» todos aquellos secretos de que esté en posesión.

—Pues yo opino —expuso el delegado italiano—, que tratándose de un asunto de importancia vital, de un problema que debemos resolver en el lapso exiguo de siete días, lo lógico es que intervengan los agentes de inteligencia de varios países y no los de una sola potencia.

—Señor Mantove —arrastró irónicamente las palabras el delegado británico—, diríase por sus palabras que Italia dispone de un efectivo y bien organizado servicio de contraespionaje…

—¡Caballeros! —Halsted Lloyd medió serenamente entre los delegados que se disponían a iniciar una discusión—. Les ruego conserven la calma. —Y agregó el secretario general, que parecía haber recobrado el absoluto dominio de sus emociones—: Oyéndoles expresarse a ustedes, he llegado a una conclusión.

—Concluir puede ser terminar…, pero no solucionar —apuntó mordaz el delegado soviético.

—Le escuchamos, señor Lloyd —anunció con severa mirada hacia sus colegas el señor Jaroux.

—Están en lo cierto aquellos que han opinado que es preciso descubrir la ubicación de la base de operaciones que dirige la doctora. O por lo menos, tratar de capturar uno de sus agentes para materializar ese descubrimiento a través de él. Ésa es, en resumen, la doble y única posibilidad que nos puede animar en esa lucha desigual contra un poder muy superior al nuestro.

—Quizá no sea un poder tan grande como se ha pretendido hacernos creer —interrumpió uno.

—¡Nuestros geólogos no pueden equivocarse en un asunto tan delicado! —exclamó el secretario general.

—Pero sí podemos equivocamos nosotros —le apoyó el delegado francés—, empezando a mesurar hipótesis y teorías como si fuésemos detectives de novela… ¿Por qué no permitimos que nuestro secretario general exponga su criterio y punto de vista?

—¡Que en definitiva es la que vale! —Se solidarizó el portavoz anglosajón.

—Bien, caballeros —prosiguió el señor Lloyd—. Todos hemos oído cómo esa mujer llamada «Doctora Cosmógono» denominaba a su diabólico engendro «atómico —fragmentizador». ¿No es así? Pues bien, ello me obliga a imponerles de la reciente creación, en Estados Unidos, de un nuevo departamento cuya finalidad básica es precisamente la de soslayar los problemas de defensa contra posibles ataques atómicos. Este departamento pertenece a un organismo de sobras conocido: al CIA, y recibe el nombre de Departamento Nacional de Defensa.

Halsted Lloyd se extendió largo rato en una serie de explicaciones relativas al porqué, cómo y cuándo había nacido el Departamento Nacional de Defensa del Central Intelligence Agency.

Los motivos de su existencia.

Sus primeros y recientes éxitos.

—¿De veras cree que los hombres del CIA son tan excepcionales como usted los describe, señor Lloyd? —preguntó con velada ironía el delegado ruso.

—Estoy convencido y seguro.

—¿Hasta el extremo de dejar en sus manos la solución de tan gravísimo problema? —indagó el representante británico.

—¿Y por qué no? —Se anticipó con su pregunta a la respuesta del secretario general, el delegado italiano.

—Como portavoz de todos ustedes, porque ustedes mismos me eligieron como tal, saben perfectamente que estoy facultado para tomar decisiones y asumir toda clase de responsabilidades que de ellas dimanen —se explicó Halsted Lloyd—. No obstante, por tratarse el CIA de un departamento del país que represento en este organismo, y para evitar, asimismo, la lógica polémica que ello puede suscitar entre nosotros, trataré de demostrarles que no se trata de una decisión arbitraria por mi parte. Tengo sólidos cimientos sobre los que alzar el simbólico edificio de mi decisión. Los hombres del Departamento Nacional de Defensa del CIA son gentes especialmente…, concienzudamente preparada, tanto física como mental y psicológicamente, para esa nueva guerra sin trinchera ni uniformes. Gente joven que ha sabido asimilar las nuevas y modernas teorías.

—Estamos consumiendo valiosos minutos del corto plazo que la «Doctora Cosmógono» nos ha concedido, señor Lloyd —le cortó con apatía el representante soviético—. ¿Por qué no va recto al grano?

—De acuerdo —admitió con una sonrisa el secretario general—. Hace pocos meses, me veo obligado a citar este ejemplo aunque ello signifique una pérdida de nuestro valioso tiempo, uno de esos hombres a quienes me he referido, un tal Dean Curtis, al que se conoce con la clave
CI-003,
realizó con aplastante éxito una misión difícil y peligrosísima.

Halsted Lloyd narró con evidente satisfacción y entusiasmo la hazaña llevada a cabo por el agente del CIA,
CI-003.

Al término de sus palabras, el delegado británico alzó el pulgar de la mano derecha, muy significativamente, exclamando a manera de voto:

—Estoy con usted, señor Lloyd. ¡Que sea
CI-003!

El representante italiano, señor Mantove, como si viera en aquello la manera más elegante y contundente de responder a la ofensa recientemente recibida, imitó a su colega inglés, gritando:

—¡CI-003!

—¡CI-003! —Apoyó el germano occidental.

—¡CI-003!

—¡CI-003!

Fueron varios quienes se llevaron a los labios aquella clave con la que se designaba al hombre en quien debían confiar sin conocerlo.

Hubo mayoría aplastante.

Halsted Lloyd no evitó la sonrisa de triunfo que desde hacía unos minutos estaba llamando a la puerta de sus labios.

—Bien, caballeros —dijo—. Voy a ponerme en contacto inmediatamente con Jerry Kellaway, director del Departamento Nacional de Defensa del Central Intelligence Agency. Y al punto, alcanzó el auricular.

CAPÍTULO III

Anthony George se aflojó el nudo de la corbata.

—Debo empezar a reconocer que sus teorías no son del todo desacertadas.

Curtis, retrepado con indolencia en una butaca de espuma, enarcó las cejas.

—¿Qué le hace pensar así, profesor?

George abrió los ojos.

—¡Cómo! ¿Qué…? Acaban de atentar contra mi vida y me pregunta las razones por las que he…

—No han atentado contra su vida, profesor —le interrumpió el agente, mientras encendía pausadamente un cigarrillo.

Obvio que la sorpresa de George fue en aumento.

—¡Curtis! ¿Se está volviendo loco? Entonces, ¿debo considerar como una salva de aplausos los proyectiles que disparaban esos asesinos?

Dean exhaló una bocanada de humo tan perezosa como sus movimientos.

—Le repito que no han atentado contra su vida, profesor.

—¿No, eh? ¿Por qué han disparado contra el auto?

Curtis, sin inmutarse, respondió:

—Para matarme a mí, profesor. Sólo para eso.

George se pasó una mano por la fláccida y gelatinosa papada.

—¿A usted? —interrogó, genuinamente sorprendido—. ¿Por qué habían de querer matarle a usted? ¿Por qué a usted precisamente?

Curtis brincó de la butaca.

Un extraño cambio habíase experimentado en sus facciones un tanto burlonas, un tanto cínicas, un tanto escépticas.

Paseó por el cuarto de Anthony George con igual libertad que lo

hubiese hecho en el suyo propio.

Pero tardó varios minutos en responder a los interrogantes planteados por el profesor. —Deducción— soltó repentinamente el muchacho.

George le miró con asombro. Colgante de forma repulsiva el húmedo labio inferior.

—¿Deducción? —repitió atónito.

Curtis cesó en su ir y venir.

—Eso he dicho, profesor. Nos esperaban. Sabían que llegaríamos en ese auto negro. Pero ¿sabían cuál de nosotros dos saltaría el primero a tierra cuando el coche se detuviera frente al hotel? No. No lo sabían. Pero era lógico suponer que era yo quien primero bajaría del auto. Sin embargo, los agresores han querido asegurarse.

Anthony George alzó la mano derecha. Como si pidiera la palabra.

—Un momento, señor policía. ¿Ha dicho asegurarse?

—Correcto.

George echó atrás su porcino rostro.

—¡Absurdo! Si los tiradores estaban apostados en ambas aceras…

—¿Cómo podían asegurarse de quién de los dos bajaba primero? —le interrumpió Curtis entre una nebulosa de humo y una sonrisa sarcástica—. ¿Iba a ser ésa su pregunta, profesor?

Sorprendido el rechoncho George, afirmó con la cabeza.

—Sí —musitó entre dientes.

Curtis dejó caer el cigarrillo al suelo y lo pisoteó concienzudamente.

—¿Por qué no emplea esos hermosos ceniceros que el hotel reparte por todas las habitaciones?

—Porque no me da la gana. Siempre me ha gustado arar las colillas al suelo… ¿A lo que íbamos, profesor?

—¡Oh, sí! Sus explicaciones, señor Curtis.

—Los agresores… —Curtis colaba labios adentro un pedazo de goma de mascar— supieron que yo era el primero en poner los pies en el suelo porque alguien les dio una señal.

—¿Una señal?

—Exacto —sonrió Dean, paseando la goma de un extremo a otro de la boca—. ¿Cuál sería su reacción, profesor, si al ir caminando le

cayera al suelo un objeto de peso que usted llevase sujeto en una mano?

George se encogió de hombros, al tiempo que inclinaba la cabeza hacia delante.

—Lo que todo el mundo —respondió—. Volverme a recogerlo.

Curtis, que de nuevo paseaba de un extremo a otro de la confortable habitación, sorprendió al profesor con otra pregunta:

—¿Cree usted que un bolso de señora pesa?

El macilento profesor enarcó las cejas.

—Depende de lo que lleve dentro, ¿no?

—¿Por sí solo?

—Imagino que algo pesará.

—¿Lo suficiente para que una mujer se aperciba de que se le ha caído al suelo?

Por inercia, Anthony George respondió:

—Supongo… supongo que sí. Pero ¿a qué vienen todas estas preguntas?

Curtis sonrió con su peculiar ingenuidad.

—«Deducción, eminencia. Y demostrarle que hubo tal señal para advertir a los agresores que yo bajaba el primero, a una preciosidad de maravillosas caderas se le cayó el bolso al suelo y siguió caminando…».

—¿La muchacha con quien usted hablaba hace unos momentos?

—Correcto. Va prosperando, profesor. La reacción lógica de la mujer hubiese sido la de volverse a recoger el bolso. No lo hizo.

—¿Por…?

—Porque era la señal y por escapar a la línea de tiro. Luego se tiró al suelo y fingió con acierto su papel de mujer asustada.

George, con evidente admiración, pronunció:

—Comprendo también que lo hayan enviado a custodiarme. Es usted un hombre de rápidos reflejos físicos y mentales. Su exhibición abajo ha sido espectacular. ¿Cree entonces que esa chica está complicada?

—Estoy completamente seguro.

—Sigo sin comprender por qué querían asesinarlo a usted.

—Yo tampoco lo veo muy claro. Pude interrogar a uno de los agresores instantes antes de su muerte. Pronunció una frase extraña.

—¿Cuál?

—Dijo a medias: «Doctora Cosm…».

—¡Vaya cosa más extraña!

—Procuraré que Marisa Da Costa disipe esa extrañeza que ambos tenemos, profesor.

—¿Volverá a verla?

—Por supuesto. Esta noche… ¡Ah! Un ruego, profesor. Mientras yo esté fuera no salga para nada de su habitación.

George llegó al límite de su sorpresa.

—Pero… Usted mismo está diciendo…

Curtis le atajó con su rictus burlón.

—Ya sé, ya sé. Le estoy diciendo que el atentado estaba dispuesto para mí. Pero de todas formas, no me atrevería a jurarlo con una mano encima de la Biblia. ¿Entiende?

El profesor pareció arrugarse ahora.

—¿Quiere decir que cabe la posibilidad…?

—Sí, eso mismo quiero decir. Que cabe la posibilidad de que el ataque lo tuviese a usted como blanco. Por eso, mientras yo trato de averiguar algo, usted se estará quietecito en el hotel por la cuenta que le trae. ¿Correcto?

Anthony George hizo un gesto ambiguo.

—Usted manda, Curtis.

* * *

¡Hola!

¿Cómo se había colado semejante Venus en su habitación?

Toma. Y se había tendido en el sofá con una tranquilidad escalofriante. La línea de sus caderas, recortada agradablemente al tener las piernas dobladas sobre el sofá, tenía un sabroso tinte moreno.

Porque traía puesto unos «*shorts*» muy cortitos.

Su rostro era un compendio de picardía y su mirada un grueso manuscrito de cómo ofrecer felicidad.

Veinte años atrás, Dean Curtis, o quien fuese, se hubiese interesado rápidamente del porqué y cómo de a presencia inesperada de aquella beldad sugestiva.

Bien es verdad que los tiempos cambian.

Lo miraba a él con una sonrisa de «abrigo».

¿No es abrigo lo que proporciona calor a uno?

Era una maravilla de hembra.

—¿Quieres un *whisky*, preciosa?

Estiró ella perezosamente sus bronceadas piernas.

—Si me acompañas…

El caminó hacia el mueble bar. Ella le salió al encuentro.

—Me llamo Jeanne:

Curtis se detuvo para mirar las peculiaridades oscilantes que se ocultaban en un jersey muy fino y ajustado.

—Y yo Dean Curtis… Pero eso ya lo sabes, ¿no Jeanne?

Los negros ojazos de la mujer chispearon como un volcán en erupción.

—¡Ah, ya! —exclamó él, burlonamente—. Le has pedido a la de recepción la lista de todos los hombros solos que se alojan en el hotel. Luego lo has echado a suertes, ¿verdad? Debo reconocer que soy un tipo afortunadísimo.

Jeanne, caminando de la mano de la insinuación y el ofrecimiento, se plantó a dos dedos del hombre.

—¿Me besas?

Se encogió de hombros.

—¿Te sirvo el *whisky* primero?

Ella, rojo el rostro como la grana, soltó una sonora bofetada contra la mejilla derecha del hombre.

—Nadie me ha despreciado —jadeó, rabiosa.

Curtis se acarició el mentón.

—¿Y quién lo ha hecho ahora?

—Tú.

—¿Yo? ¡Pero si sólo trataba de ofrecerte un *whisky*! —Jeanne le entrelazó el cuello con ambos brazos.

—Primero el beso.

Tenía los labios entreabiertos.

Dean la sujetó por la cintura ladeándole ligeramente la cabeza.

Cuestión de segundos y los negros ojos de la mujer se convirtieron en un nítido espejo. Fugaz visión.

Y Curtis, en velocísimo escorzo, giró en seco situando la espalda de ella donde una fracción de segundo antes estaba la de él.

Era una pena…

Pero el tipo de rostro cetrino y mirada cruel no pudo detener el

brazo que había lanzado hacia delante empuñando un monumental cuchillo.

Se lo clavó a la mujer en la nuca.

—¡Aaaaag!

Curtis la soltó.

El fulano, clavados los ojos en el cuerpo de la muchacha, en el hermoso cuerpo que caía al suelo herido de muerte, tardó en reaccionar a la sorpresa.

Cuando trató de volver a la realidad, Dean ya le había cazado la muñeca en hábil presa de judo, volteándolo al otro extremo de la estancia.

Salió por los aires dando tumbos y giros hasta chocar con la pared.

Tintineó el cuchillo al deslizarse sobre las baldosas. No era el tipo un alfeñique precisamente… Pese al trompazo recibido, se disparó hacia delante.

Curtis lo esperó tranquilo.

Para lanzarle un punterazo en la barbilla y devolverlo contra la pared entre ronquidos animales y exclamaciones obscenas.

—¡Perro! ¡Perra tu madre! ¡Perros toda tu generación! —gritó histérico al tiempo que se incorporaba.

Chorreaba sangre por boca y nariz.

—Te destrozaré, mamarracho. Vale más que levantes bandera blanca. ¿A qué habéis venido ésa y tú?

—¡A matarte, cochino espía!

Y se tiró en plancha con las manos extendidas tratando de aferrar con ellas la cintura del agente.

Una finta fue suficiente para evitar la bestial embestida.

Y al no encontrar a nadie en su camino, la misma inercia del salto llevó al tipo de cabeza contra la pared contraria.

Con sonoro impacto.

Curtis lo alzó del suelo por el cuello de la floreada camisa.

—¿Vas a graznar… o te sigo arreando?

Engulló saliva.

Ya se daba por vencido.

—La… «Doctora Cosmógono». Ella nos ha…

Habíase entreabierto la puerta de la habitación.

El silenciador apagó el estampido de los disparos que nacieron

en la boca de la automática que asomó por la rendija.

Curtis saltó atrás evitando que el tercer disparo lo alcanzase a él.

Transcurridos unos segundos se lanzó hacia la puerta empuñando su pistola.

Asomó al pasillo.

Nadie. Desierto.

Y en su habitación dos cadáveres.

El de un fulano que había completado la frase pronunciada débilmente por el agresor moribundo.

«Doctora Cosmógono». ¿Qué diablos significaba eso?

Ahora sí que podía estar seguro de que iban a por él.

Pero ¿por qué?

Cogió el teléfono. Llamó a la policía.

Era inútil devanarse los sesos con preguntas que no tenían respuesta.

Pensó en el teniente. Sin duda vendría el mismo que lo interpelara en la calle, al menos, la zona era la misma.

Bueno, le diría lo mismo. Explicaciones, en Washington.

No pudo zafarse a la pregunta. ¿Por qué una mujer que se hacía llamar «Doctora Cosmógono» estaba empeñada en retirar de la circulación a
CI-003?

Él había ido a Honolulú para proteger al profesor Anthony George.

¿Acaso pensaban matarlo primero para luego raptar al científico?

No era muy lógico.

Quizá Marisa Da Costa tuviese respuesta a todas aquellas preguntas.

* * *

La encargada del guardarropía llevaba media hora efectuando la misma pregunta a todos los hombres que veía entrar solos.

—¿Es usted Dean Curtis?

El muchacho la miró atentamente.

No estaba mal.

Tenía una agradable geometría y un perímetro torácico de

concurso. Mostraba algo con generosidad a través de la mal abrochada blusa.

Dean la tomó por los hombros atrayéndola hacia él lo máximo que le permitió el mostrador.

La besó en la boca.

Cuando consiguió respirar, dijo ella:

—Debes de ser ese Dean Curtis.

—Lo soy, hermosa hawaiana.

Segundo beso.

Asfixia momentánea.

Enrojecimiento de broncíneas mejillas.

Sofoco.

Respiración entrecortada.

—Tengo un encargo para ti —jadeó ella, con los ojos brillantes —. Pero si sigues besándome así…

Curtis sonrió como un niño malo.

—¿Qué prefieres? ¿Darme el encargo o que te siga besando?

Se encendieron las pupilas de la mujer.

—¡Sigue, Dean!

Le dio el encargo cuarenta minutos después.

—Es de Marisa. Te espera en su *bungalow*.

—¿Dónde está eso?

La mujer, irritados los labios, le miró provocativamente.

—¡Quién fuera ella! —murmuró lo suficiente alto para que Dean pudiese oírla—. Está en la playa de Mailukú. Es el *bungalow* más cercano al mar y el único que está completamente pintado de rojo.

Un beso de despedida.

Largo.

—Tienes una boca de miel, pequeña. Volveré a la colmena, te lo prometo.

* * *

Las noches en Hawai, cuando se está a la orilla de la playa, son benignas.

Suaves.

No hace ese calor sofocante…

—Tengo calor, muñeco.

Estaba colosal.

Jugueteando con una de las piezas de su bañador como si de un momento a otro fuera a desprenderse de ella.

De repente, dejó de doblar los tirantes.

El la miró fijamente. Inquirió:

—¿Por qué has renunciado a la idea de que nos viéramos en «Chez Chacha»?

Tomé un pedazo de junco con sus manos suaves, de largos y finos dedos, y empezó a deslizado lentamente por la planta del pie derecho del hombre.

—Un hombre como tú y una mujer como yo necesitan estar lejos del bullicio.

—¿Solos?

—Un *bungalow* rojo. Rojo sangre. Rojo pasión. Mucho mejor que «Chez Chacha». ¿No crees, Dean?

Se hizo un silencio.

—¡Dean! ¿En qué piensas? No has contestado a mi pregunta.

Ella estaba inclinada hacia delante.

Curtis la miró detenidamente.

Un nato producto latino, según le había contado ella misma pocos minutos antes.

La maravillosa consecuencia de los devaneos sostenidos por un portugués y una italiana, diecinueve años atrás, en Hawai.

Broncíneo su cuerpo escultural. Exquisitamente formada. Deliciosamente mujer.

—Pienso en ti, Marisa. En lo hermosa que eres.

Agitó ella su cabellera cobriza, húmeda, brillante, para salpicar el rostro del hombre, de transparentes ojos azules.

Fríos al reflejo de la luna.

—Tienes que haber conocido otras más hermosas, Dean.

—No. Te juro que no, pequeña.

Cierto.

Ella era una hawaiana soberbia.

Una chiquilla de diecinueve setiembres a la que había que llamar, y no se hacía justicia, portentosa mujer.

Criatura extraordinaria.

Fabulosa.

La silenciosa playa de Wailukú ponía a los pies de su más

hermosa princesa, en el encanto de su noche sugestiva, el frescor de una arena suave que contagiaba algo así como una corriente estremecedora.

Marisa se irguió apoyando sus manos en la arena.

Arqueando las doradas piernas, estirando lánguidamente los desnudos brazos.

Rompía su cuerpo por una cintura de mimbre, encima de la cual brotaba el caudal esplendoroso de dos embriagadoras fuentes de placer.

Un hechizo.

Como el fulgor ardiente de sus pupilas verde violeta.

Una diosa de fuego.

Un compendio de exquisita hermosura, de exuberante rotundidad física, de explosivo ardor apenas contenido por el dos piezas color oro.

Marisa da Costa.

No.

Dean Curtis no había conocido otra como ella.

Hermosa hasta la saciedad.

Posiblemente muy peligrosa.

—¿Por qué no trataste de recoger tu bolso?

La pregunta, imprevista e inesperada, hizo que ella arqueara sus cejas. Miró los ojos azules del hombre. Casi transparentes.

—No te comprendo, amor.

Él también se incorporó.

—Trata de hacerlo. Sólo con un pequeño esfuerzo mental comprenderás.

—¡Adiós, Dean!

Y echó a correr, de repente, hundiendo dificultosamente sus menudos pies en la arena. Dean Curtis tardó unos segundos en decidirse.

Luego, sobrevino el salto.

Artístico, atlético. Circense.

La atrapó por los tobillos haciéndola caer de bruces sobre el fino tamizado arenoso.

Se incorporó mucho antes de que ella consiguiera hacerlo.

—Tenemos mucho de que hablar, linda.

De pie ya, mirando con todo el fulgor de sus ojos verdes la

erguida silueta masculina, interrogó coqueta:

—¿Mucho?

—Más de lo que supones.

—¿En mi *bungalow*?

Sonrió él con cierto desprecio.

—En tu *bungalow*. Pero no te hagas ilusiones.

—¡Fatuo! ¡Petulante!

—¡Preciosa!

Ella lo fulminó con sus pupilas.

Y por los labios de Curtis se extendió aquella sonrisa mezcla de ingenuidad y escepticismo, tan frecuente en él.

Sí, el *bungalow* era rojo.

¿Sangre? ¿Pasión?

La puerta, hecha de gruesos troncos de bambú. Pintados de rojo. La techumbre eran hojas secas y ramas tupidas. Teñidas de escarlata.

Muy digno de ella.

De espaldas, abriendo la puerta, dijo sin volverse:

—Dean, te lo ruego, vete.

Soltó Curtis una burlona carcajada.

—No te las des de ingenua moralista, pequeña. No te va el papel. Primero aceptas una cita, luego cambias el decorado…, ahora me ruegas que me largue. ¿Tengo cara de idiota? Anda, termina de abrir. Palabra que sólo charlaremos de tu bolso.

—Sigo sin comprenderte, Dean.

Giró Marisa.

—He dicho que termines con la puerta.

Un brillo acerado, ominoso, animaba ahora las transparentes pupilas del hombre.

¿Una amenaza?

Ella obedeció.

Curtis se coló en el *bungalow*, recto hacia el mueble bar, preparó dos combinados.

Marisa puso en marcha el tocadiscos.

Una pieza agradable del moreno Belafonte.

—¡Por ti, «representante» de la «Doctora Cosmógono»! —exclamó Curtis, entregándole un vaso y alzando el suyo.

Arqueó ella las cejas.

—¿Qué significa eso, Dean?

Apuró de un trago el ambarino contenido del cristal.

—¿De veras no lo sabes?

Marisa, hundida en un gracioso sofá sin patas que imitaba una enorme concha marina, se balanceó en él lentamente.

—No.

Curtis se dejó caer a su lado.

—Háblame de ti, Marisa.

Bebió ella de su vaso a pequeños sorbos.

—¿Qué quieres que te diga? —inquirió, a ras de cristal las pupilas verdes.

Giró Curtis la cabeza.

—Por ejemplo, las relaciones que te unen con cierta dama que se da el nombre de «Doctora Cosmógono». Por ejemplo, que me digas por qué no volviste por tu bolso cuando cayó al suelo en el momento que yo salía del auto.

Se abrió la puerta de repente.

Ella lo vio.

—¡Bésame…
CI-003!

Fue el fatal error nacido de la seguridad en el triunfo.

El hombre del CIA, al unísono, giró velozmente sobre su cabeza pasando por encima del sofá, tirándolo al suelo y cayendo al otro lado para protegerse tras él.

En el preciso instante que sonó el taponazo.

Se apagó la luz.

Entonces Curtis dio un brinco suicida con el que se plantó en el umbral de la puerta.

Sólo asomar a la oscura playa atisbo las dos siluetas que corrían sobre la arena al amparo de la noche.

Se lanzó velozmente tras una de ellas.

Estéril esfuerzo.

Tratar de perseguir un bulto, de noches por la playa de Wailukú, era lo mismo que aquello de la aguja en el pajar.

Durante cinco largos minutos, Curtis acechó la oscuridad tratando de obtener la certeza de que nadie merodeaba cerca de allí.

Sus sospechas se habían confirmado. Marisa da Costa formaba

parte del grupo capitaneado por una tal «Doctora Cosmógono» que se había empeñado en liquidarle. ¿Por qué?

Caminó hacia la hilera de iluminados *bungalows* que se extendían a lo largo de la playa, unos cien metros detrás de donde Marisa tenía el suyo.

Rojo.

Dean Curtis renunció a seguir pensando. Pero se dijo a sí mismo que tenía que aclarar cuanto antes aquella confusa situación.

Su piel estaba en juego. Quería saber el porqué. Y, ¿cómo no?, conocer la identidad de una misteriosa dama llamada «Doctora Cosmógono».

Cuando pisó el vestíbulo del «Paradis Rouge», al que llegó sin que se produjeran nuevos atentados, se percató de que la morenaza de recepción y su jersey sugestivo habían sido relevados por un tipo con cara de búho.

Como para largarse a otro hotel.

La policía aun andaba por allí husmeando y haciendo preguntas.

El búho del *comptoir* le estaba haciendo señas.

Curtis se llevó la diestra al torso, inquiriendo:

—¿Es a mí?

Asintió el fulano con la cabeza.

—Esto es para usted… Porque supongo que es usted Dean Curtis…

—Bien supuesto, compañero.

Un telegrama.

Curtis lo desdobló, leyendo con atención:

> «Tiene seis horas para presentarse en mi despacho, agente
> CI-003
> rumbo Honolulú para sustituirle misión profesor George. Saludos, Kellaway».

—¡Siempre tan explícito! —rezongó Curtis—. Tendré que dejar el asunto de la «Doctora Cosmógono»… si es que no se empeña en perseguirme hasta Washington.

—Le han llamado dos veces desde Washington, señor —oyó

decir al encargado.

Curtis dobló el telegrama y arqueó las cejas.

—¿De veras? —sonrió—. Le apuesto medio dólar a que no era mi abuelita interesándose por mi precaria salud.

—Tiene un humor envidiable, señor.

—¡Je, je! —Dean le mostró los dientes—. No lo crea, amigo. Cuando bromeo trato de disimular mi malísimo humor. Consígame un boleto para el primer vuelo a Los Ángeles… ¡Ah! Que tenga enlace con el de Washington.

—Enseguida, señor.

—Comuníquese conmigo cuando tenga la reserva.

—Desde luego, señor.

El ascensor lo dejó en la planta tercera.

Curtis se encaminó a la habitación 18, sobre cuya puerta golpeó suavemente.

Tardó tres largos minutos en ceder la hoja hacia atrás y asomar el rostro soñoliento del cincuentón, calvo, gordo y macilento profesor George.

—¡Por Dios, Curtis! ¿Qué diablos quiere a estas horas? Mañana tendrá tiempo sobrado de contarme sus averiguaciones.

—¡Nanay! Me largo de Hawai, profe. Saldré en d primer avión hacia Washington. Pareció que el rostro del profesor se iluminaba.

—¡No sabe cuantísimo me alegro!

Curtis sonrió satisfecho.

—Y yo, amigo George. Pero la suya será una alegría efímera. Tengo noticias de que hay un hombre en camino para sustituirme.

—¡No!

—¡Sí! *¡Good evening,* profesor!

Y dejando a un Anthony George estupefacto, Curtis echó pasillo adelante rumbo a su habitación.

Pensando en la «Doctora Cosmógono».

En Washington.

En Jerry Kellaway.

CAPÍTULO IV

Marsha Jensen era ese tipo de mujer que forzosamente tenía que acabar en las páginas de una novela.

¿Por qué?

Por la sencilla y abrumadora razón de que estaba superestupendamente bien desde cualquier ángulo que se la mirase.

Sobre todo desde el ángulo obtuso inferior que dejaba entreabierta la mesa de despacho sobre la que ella trabajaba.

Yo siempre he dicho que a buen entendedor… le sobran los detalles.

La chiquilla estaba un rato largo imponente.

Cabellos rojizos que caían como una cascada indómita y salvaje encima de los estrechos hombros, a cuyo alrededor se ceñía un perlón blanco que oprimía sus turgentes protuberancias.

Exhaustiva.

Los labios, gordezuelos, grueso el inferior, dentro de un óvalo nacarino en el que destacaban con el fulgor de la más brillante constelación un par de ojos ambarinos que hablaban como trinos de pájaro.

La nariz era breve, recta y ligeramente respingona.

Y las piernas, estudiadas desde el ángulo obtuso.

A Dean Curtis se le cayó el cigarrillo al suelo y trabajo le costó recogerlo.

—¡Estúpido! —exclamó la inmensa pelirroja, alzando sus preciosos ojos de los papeles que estaba repasando.

El, todo ingenuidad, frunció el entrecejo:

—¿Es a mí? ¿Al niño bueno del CIA?

—Sí, al niño bueno, al niño guapo, al niño engreído —soltó con burlona reticencia—. ¡Muérete!

La secretaria de Jerry Kellaway tenía sólo dos defectos.
Estar perdidamente enamorada de Curtis.
Ser tremendamente celosa.
—¿Está el jefe?
—Esperándote, niño guapo. ¿Es todo lo que se te ocurre preguntar?
Se encogió de hombros.
—En vista del recibimiento…
Estiró por debajo de la mesa aquel par de piernas largas, esbeltas, de curva firme y bien dibujada.
—¿Cómo no te has arrojado en mis brazos para decir jubilosa… ¡*welcome* querido!, eh, Marsha?
La pelirroja lo fulminó con la mirada.
—¡Muérete! —repitió, furiosa como una tigresa.
Curtis se encogió nuevamente de hombros.
Dio unos pasos hacia delante cruzando muy despacio frente a la mesa de ella mientras tarareaba a media voz con matices irónicos:

«… triste es mi vida sin un cariño lloro en silencio mi desventura…».

—¡Qué gran muchacho ese Nat «King» Cole! —musitó tras la canción.
Ella alzó la cabeza como si le hubiese picado una víbora.
—¡Cínico, cerdo!
Curtis enarcó las cejas.
—¡Eh, pero…! ¿Es a mí?
Aquellas pecas agradables que se repartían graciosamente por el rostro de Marsha, estaban ahora encendidas.
Su busto ampuloso palpitaba con peligrosa velocidad. —Curtis… — Su voz, contrastando con la expresión agresiva de sus ojos ámbar, se tornó suplicante—. ¿Sigues pensando en mí?
Sonrió él.
—Eso, amor, es inevitable. ¿Un beso?
Ella salió de la mesa.
—¿Sólo uno, Dean?
—¡Y que sea corto! —Tralló una voz, saliendo virulenta del

dictáfono que descansaba sobre la mesa de Marsha.

Se miraron ambos. ¡Cosas del «viejo»!

El beso fue de aúpa.

Tras él, Dean tomó rumbo al despacho del «viejo».

Había un hombre de edad pareja a la de Kellaway sentado en una de las butacas.

Jerry Kellaway, director del Departamento Nacional de Defensa del CIA, contaba aproximadamente unos cincuenta y siete años de edad.

Cabellos grises con los aladares plateados. Ojos pardos de mirada penetrante. Labios finos y barbilla puntiaguda.

Unas gafas de montura metálica cubrían su mirada a veces cansina.

—Estamos encantados de verle, Curtis —saludó el «viejo», agregando—: El caballero es míster Halsted Lloyd, secretario general del OIDM.

—Es un placer, señor.

—Me alegra conocerle, Dean.

Se estrecharon las manos.

Dean Curtis tomó asiento frente a Kellaway, quedando a la izquierda de Halsted Lloyd. —¿Qué tal Hawai,
CI-003?
— inquirió Kellaway, con cierta soma.

Curtis se encogió de hombros.

—Hace buen tiempo allí, señor.

—¡Oh, sí! Por supuesto. Le creo. Tengo entendido que de noche sopla una brisa muy agradable por la playa… ¿No la llaman brisa-bikini?

—Lo ignoro, señor. ¿Me ha hecho venir desde allí con la lengua fuera, para interesarse por el tiempo? ¿Es que ya no funcionan los servicios informativos meteorológicos? Kellaway le miró con fijeza. Con su característica severidad que, en el fondo, velaba la enorme simpatía que Curtis le inspiraba.

—¿Ha oído hablar de la «Doctora Cosmógono»?

Curtis esperaba cualquier pregunta, la que fuese, menos aquélla.

Soltó un respingo y la propia inercia la levantó de la butaca.

—¡Cómo! —Tralló con los ojos muy abiertos.

—¡Curtis! ¿Qué le sucede?

Dean volvió lentamente a su asiento.

—Nada, señor. Nada. ¿Qué hay de la «Doctora Cosmógono»?

—Parece que se ha familiarizado pronto con el nombre.

Curtis enarcó las cejas.

—¡Oh, no! Pura retentiva.

Y es que Dean Curtis no estaba dispuesto a confesar que precisamente en Honolulú, los esbirros de aquella enigmática mujer habían tratado de asesinarle en varias ocasiones. ¿Empezaría a comprender ahora el porqué?

—Un asunto muy peligroso —desgranó Kellaway, con severo acento.

—Lo estaba suponiendo, señor. Las damas siempre se empeñan en complicarnos la vida y en hacérnosla peligrosa. ¡Ah! Pero es tan, agradable vencerlas…

—¡Curtis! —tronó Kellaway, congestionado.

CI-003

mostró la palma de ambas manos.

—¿Señor…?

El secretario general del OIDM tenía la cabeza vuelta hacia la derecha para ocultar la sonrisa que lucía en sus labios.

Y trataba de evitar la carcajada.

—Señor Lloyd —habló el director del Departamento Nacional de Defensa del Central Intelligence Agency—, cuando usted quiera.

Halsted Lloyd dirigió sus ojos hacia la figura del

CI-003,

clavándolos en su rostro por un espacio de tiempo prolongado que transcurrió en silencio.

Estudiándolo.

—Curtis —dijo al fin, con tono pausado y voz clara—, no creo que jamás, en dos mil años de historia, haya recaído sobre la espalda de un hombre la grave responsabilidad que vamos a dejar caer sobre la suya.

Dean ensayó de entre la gama de sus sonrisas, la más ingenua. Y dijo con notoria ironía:

—No merezco tanto, señor. Le estaré siempre muy agradecido.

—Su desenfada, me simpatiza, Curtis —admitió satisfactoriamente Halsted Lloyd—. ¿Le gustaría que lo fragmentizaran?

—No entiendo, señor.

—Preste atención y no tardará en comprender.

Desde aquel instante, el secretario general del OIDM relató, con todo lujo de detalles, cuanto había sucedido pocas horas atrás en el interior de una estancia con paredes de cristal pulimentado.

Al término de su relato, tanto él como Jerry Kellaway quedaron visiblemente sorprendidos de la actitud meditativa, de la extraña expresión que se dibujaba en la faz de Dean Curtis, quien inclinada la cabeza hasta rozar el pecho con la barbilla, parecía sumido en hondas meditaciones.

Profundizando en algo que los otros no podían alcanzar a comprender.

—¡Vaya con la «Doctora Cosmógono»! —Le oyeron murmurar—. Ya entiendo…

Halsted Lloyd alzó las cejas para mirar a Kellaway, interrogándolo con la mirada.

Y Jerry Kellaway, con igual gesto, miró a Curtis sin atreverse a interrumpirle.

Preguntó al fin:

—¿Qué ocurre,
CI-003?
¿Qué es lo que comprende?

Curtis levantó la cabeza, apartó displicente un mechón de rebeldes cabellos que caían encima de su frente antes de responder:

—¡Oh, nada de importancia! Comprendo por qué una mujer no recogió su bolso al caérsele, por qué otra se coló en la habitación del hotel acompañada de un mastodonte con cuchillo… ¿No ha recibido noticias de la Policía de Hawai, señor?

—¿Quiere expresarse de una manera que podamos atenderle?

Curtis renunció a su primitiva idea de guardar silencio acerca de lo ocurrido en Honolulú.

Se explicó en detalles.

—¿Y usted cree que ese triple ataque del que ha sido objeto está relacionado con el ultimátum que la «Doctora Cosmógono» ha lanzado al mundo?

—Si sólo lo creyera… ¡Estoy firmemente seguro y convencido de ello! Esa mujer, de la misma forma que les hablaba, podía escucharles. Ustedes me eligieron a mí para enfrentarme a ella…

Ella decidió eliminarme antes de que se me encomendara la misión. Está claro como la luz del día. Esa endiablada dama debe de contar con agentes repartidos por todos los lugares del mundo.

—Desde luego —aprobó Kellaway—. No existe mejor explicación.

—Quizá no le cayó usted demasiado simpático a esas chicas —se insinuó Lloyd.

Curtis soltó una estentórea carcajada.

—No sea iluso, mi buen secretario general… ¿Del qué?

—OIDM.

—Correcto. Pues sepa y entienda que desde pequeñín simpatizo a las primeras de cambio con las niñas de buenos perímetros torácicos. Mi madre tuvo que despedir a la primera ama de cría que tuve. Mi apetito era voraz, señor.

—¡Curtis! —tronó Kellaway—. ¡Guarde las distancias!

—Señor, ¿acaso he tratado de subirme encima de la mesa?

Halsted Lloyd, al fin, soltó la carcajada.

—Yo creo que Dean Curtis está en lo cierto —dijo después de su hilarante expansión—. La «Doctora Cosmógono» pudo oír perfectamente a los miembros de la OIDM mientras discutían…, mejor dicho, discutíamos, nuestro plan de acción contra ella.

—Y para una mujer que dispone de esos poderes —intervino Curtis, acto seguido—, ¿qué dificultad podía plantearle el localizar a
CI-003
en unos minutos y enviar a sus esbirros? Ninguna. Saber al dedillo mis debilidades por las anatomías femeninas bien dotadas…

—Ahórrese los detalles, Curtis —le atajó Kellaway.

—Pero usted sigue vivo, CI003 —apuntó Lloyd, con mucha sutileza.

Sonrió el aludido con su fingida humildad.

—Eso se lo debo a las buenas enseñanzas recibidas de mi jefe. Pero ¿cuántos días me dan ustedes de vida?

Nadie respondió.

—Podemos encargar la misión a otro de sus hombres —dijo Halsted Lloyd al cabo de unos minutos, dirigiéndose al director del Departamento Nacional de Defensa del CIA.

—¡Protesto! —exclamó Curtis, como lo hubiese hecho un fiscal

en el transcurso de un proceso—. Con la venia de su «señoría»… —Miró a Kellaway, burlonamente—, me siento obligado a aceptar la sentencia de muerte que me imponen.

—Lo siento —dijo el director, taciturno—. Comprendo que sería arriesgar su vida inútilmente. Otro agente se encargará del asunto.

—¿Quiere defraudar a la «Doctora Cosmógono», señor? ¿Quiere demostrarle que le tenemos miedo? ¡Oh, no, por favor! Permítame que tenga el placer de conocerla y presentarle mis respetos.

—¿Y si lo fragmentizan? —inquirió Lloyd, lúgubremente.

—Lo siento por mis admiradoras —repuso
CI-003,
con extraordinaria sangre fría—. No les quedará el consuelo de conservar al menos mis cenizas…, ¡pobrecitas!

—Eso no debe preocuparle,
CI-003
—sonrió Jerry Kellaway en su primer rasgo de humor—. Las mujeres le librarán siempre… como a Rodolfo Valentino.

—Sus palabras inundan mi alma de esperanza, señor. ¿Algo más?

Curtis se había puesto en pie.

—Pero… —No pudo por menos que exclamar Halsted Lloyd—. ¿Se marcha?

—Ahí sentado no conseguiré cazar a la «Doctora Cosmógono», aunque me ayuden todos los geólogos y cosmógonos del mundo; ¿no cree; señor Lloyd? ¡Les mandaré postales desde Hawai!

—¡Curtis! —tronó Kellaway.

—Soy todo oídos, señor.

—¿Piensa empezar por Honolulú?

—Pregunta obvia. ¿No ha sido allí donde he tenido los primeros contactos con mi amiga la doctora?

El director del Departamento Nacional de Defensa del CIA se encogió de hombros.

—Usted dispone de sus «no cenizas». —Curtis… ¡Ah! Pase por el laboratorio antes de partir. Bruce Adams le ha preparado un magnífico «Mercedes Benz» biplaza, *sport*, descapotable…

—Trucado —le atajó Curtis—, etcétera, etcétera… ¡Hasta la vista!

—¡Manténgame al corriente de sus progresos! —exclamó

Kellaway, desgañitándose.

Dean Curtis ya había traspuesto el umbral de la puerta. Pero volvió atrás para decir enigmáticamente:

—En caso de que los haya, señor.

Y ahora sí que desapareció definitivamente.

—¡Jamás había conocido otro hombre igual! —exclamó Halsted Lloyd—. Parece que no te haya dado importancia a lo que está obsesionando en estos momentos a cientos de políticos y hombres de Estado, a nosotros, al mundo entero. ¿Qué opina usted?

Kellaway sonrió abiertamente.

—Opino que usted no conoce a mis muchachos y menos a Curtis. ¿Se imagina usted cómo trabaja en estos instantes el cerebro de ese individuo que usted juzga escéptico, burlón, jovial, veleidoso y desenfadado? No. Ni puede llegar a imaginarlo. Ni yo mismo en realidad. Dean Curtis es un auténtico pedazo de oro en barra, señor Lloyd. ¿Qué pensaríamos nosotros si le viéramos pensativo, taciturno, vacilante… o asustado por la importancia de la misión que acabamos de encomendarle? Temeríamos de inmediato su fracaso, ¿no es así?

—Puede que esté en lo cierto, Kellaway.

—Sin duda, sin duda. Curtis es un sicólogo fenomenal. Sabe que arriesga su vida con escasas posibilidades de salvarla. ¿Qué hace, sin embargo? Inyectarnos una enorme inyección intracerebral de optimismo, para que creamos en el triunfo que para él es una incógnita.

Lloyd suspiró profundamente.

—En verdad es meritoria la labor de esos hombres —dijo a continuación—. No sé si envidiarlos o compadecerlos.

—Usted, yo, las naciones y el mundo entero —habló Kellaway, enfático—, no podemos hacer otra cosa que envidiarles, señor Lloyd. Ninguno de nosotros seríamos capaces de afrontar con la serenidad y sangre fría de que ellos hacen gala, trabajos tan difíciles. Las cosas, desde el cómodo respaldo de una butaca de escritorio, se ven sencillas, amigo Lloyd.

—Esperemos, pues —dijo el secretario general del OIDM, con el ceño fruncido—, que esté usted en lo cierto…, y que la «Doctora Cosmógono» no derrita nuestro oro en barra.

Fuera del despacho, mientras los dos hombres continuaban la

conversación, Curtis había cruzado silenciosamente frente a la mesa de Marsha Jensen.

—¡Eh, cariño! ¿Te vas así?

Torció él la cabeza, expresando en su mirada ingenua un asombro en exceso fingido.

—¿Cómo debo irme?

—¿Cómo se despide un caballero de la dama que está enamorada de él?

Curtis se encogió de hombros.

La respuesta llegó sin palabras.

Buscando a Marsha, alzándola por los delicados y frágiles hombros, besándola suavemente en los labios.

—Ya he oído que regresas a Hawai…

—Feo vicio ese de escuchar a través de los interfonos aprovechando el descuido del «viejo».

Hizo ella un mohín picaresco arrugando su naricita respingona.

—¿Qué importa? En la guerra y el amor todo está permitido, Curtis.

—¡Ah! —bromeó él—. ¿Estás también enamorada del «viejo»?

Marsha le clavó los ojos con rabia.

—¡Estúpido! ¿Podemos cenar juntos esta noche?

Se fijó en la cortísima falda que apenas cubría las bonitas piernas, las estupendas rodillas.

—Me convendría descansar —musitó meditativo— pero bueno, ¡trato!

Beso en cinemascope.

CAPÍTULO V

Dean Curtis, tras fingir los rutinarios trámites policiales —identificándose como quien era—, dejó atrás el iluminado vestíbulo del aeropuerto de Honolulú.

De noche, el esquema luminotécnico del aeropuerto era verdaderamente fabuloso.

Un derroche de luz, arte, color y cuartillas verdes impresas con tinta del Tío Sam.

—¿Taxi, señor?

Dean sonrió al simpático mulato que le ofrecía el vehículo.

—Gracias, moreno. Estoy esperando para retirar mi auto.

No bien había terminado de pronunciar la frase cuando sintió contra su espalda el contacto de algo redondo y duro.

Algo como el cañón de una automática provista de silenciador.

—Yo, amigo Curtis, le sugiero que se olvide de su coche —dijo una voz desde atrás—. Suba al taxi que tan gentilmente ponen a su disposición y goce de la cálida brisa que ofrece la deliciosa noche hawaiana.

—De negarme a tan melancólica invitación, ¿apretará el gatillo?

—¡Es usted un genio, Curtis! —se burló el que lo encañonaba—. ¿Me ha leído el pensamiento?

Dean soltó una risita seca.

—¡Nada de eso, amigo! Todo es producto de la intuición. Bien pensado, creo que no me vendrá nada mal ese paseo.

—Razona usted con una lógica aplastante, camarada. ¿Quién sabe si puede ser éste su último «paseo»?

—Es altamente consolador escuchar esa emocionada frase.

—¡Suba!

El simpático mulato reía ahora con ferocidad.

—Ya veo que no tengo más remedio que aceptar su…

Mientras hablaba, Curtis iba balanceando levemente su pierna derecha.

Se agachó para introducirse en el auto y, de repente, dio un veloz giro lanzando la pierna en busca del bajo vientre de su enemigo.

El punterazo alcanzó de lleno al que le había estado apuntando.

—¡Aaaah! —Roncó dolorosamente.

Curtis ya había saltado sobre él atenazando férreamente la mano que empuñaba el arma.

Aplicó una brusca torsión al tiempo que alzaba la rodilla izquierda y golpeaba el brazo del otro sobre ella.

—¡Aaaah! —gritó de nuevo.

Dean no se entretuvo.

Clavó la punta de los dedos en el hígado del mestizo obligándole a encogerse por la falta de aire en los pulmones, y entonces, la misma rodilla que empleara para golpearle la muñeca, se la empotró violentamente en el mentón.

Salió el tipo despedido hacia atrás, derrumbándose en la acera sin exhalar nuevos gritos.

El mulato ya estaba poniendo el coche en marcha al darse cuenta del feo cariz que las cosas habían tomado.

Pero Curtis, en un nuevo y extraordinario alarde de facultades que dejó estupefactos y boquiabiertos a cuantos contemplaban la escena desde el iluminado vestíbulo, trazó una impecable parábola volando por encima de la capota del auto.

Aterrizó junto a la portezuela y brincó cual si tuviera un muelle tirando de aquélla, al tiempo que con la otra mano atrapaba al mulato por el cuello de la camisa.

Lo sacó del coche en un abrir y cerrar de ojos.

—Conque taxi, ¿eh?

Y le sacudió un trallazo en la boca del estómago que llevó al conductor a retorcerse por el pavimento.

—¡No! —suplicó mientras seguía contorsionándose—. ¡No me pegue más!

Curtis le sonrió fríamente, al tiempo que se frotaba las manos.

—¿Cómo…? —fingió sorprenderse—. ¡Pero si aún no he comenzado!

Y se plantó frente al muchacho cuando éste conseguía incorporarse dificultosamente. Hizo un amago.

El otro se cubrió el abdomen.

Recibió el trallazo en mitad del rostro y fue a rebotar en la carrocería del taxi.

Resbaló por ella como un muñeco de trapo.

Curtis acudió con presteza a por el otro tipo, que empezaba a dar señales de recuperación.

Lo arrastró por el cuello hasta la vecindad del taxista.

La gente, agrupada en un principio para contemplar la asombrosa hazaña de Curtis, empezó a diseminarse con rapidez cuando éste se volvió con mirada poco amigable.

El conductor abrió un ojo para cerrarlo de inmediato.

—Aunque te finjas dormido te machacaré, gusano de color.

—¡No… no lo haga! —clamó aterrado—. Fue él… él me contrató…

Y señalaba al tipo del saco blanco y camisa de colorines que se estaba frotando las sienes a su lado.

—Ponte al volante —le ordenó Curtis al chófer—. Pero recuerda que a la más mínima…, ¡te retuerzo!

—Sí…, sí, señor… Lo que usted mande.

Curtis atrapó el cuello otra vez al de la chaqueta blanca y lo introdujo en la parte posterior del vehículo.

—Vamos a un lugar tranquilo, ¿asimilas?

—Sí, sí, señor… Perfectamente.

Sin apartarse un milímetro de las órdenes recibidas, el chófer arrancó suavemente alejándose del aeropuerto a velocidad prudente, lo que hablaba con elocuencia de su actitud conservadora.

—Hay muchos lugares tranquilos en Honolulú, señor —apuntó el chófer, tímidamente—. ¿Hacia dónde quiere que vaya?

—Proa a Kahukú, «bonito».

El del saco blanco ya se había recuperado totalmente.

—¿Duele, muchacho? —le preguntó Curtis, burlón.

—¡Muérase!

Dean le metió el negro ojo de su automática en mitad del entrecejo, al tiempo que le preguntaba:

—¿Cómo te llamas, «cariñoso»?

—¡Cuernos!

Y le fulminó con la aviesa mirada de sus ojos pequeños y brillantes.

—Tendré que marcarte la cara con el punto de mira de mi pistola. ¿Te seduce la idea, «paseador»? ¿Cómo te llamas?

El de rostro cetrino apretó los labios significativamente.

Y nada consiguió Curtis.

Ni arrancarle una sola palabra.

Entretanto, el coche había alcanzado la carretera que, bordeando acantilados que se asomaban peligrosamente al océano Pacífico, conducía a Kahukú. Pequeña ciudad ésta, situada al noroeste de Oahu, isla en la que se asienta la capital de las Hawai.

—¡Detente! —ordenó Curtis al conductor, cuando juzgó que ya habían llegado al lugar que convenía a su plan de acción.

Obedeció el taxista.

Dean abrió la portezuela y de un violento empujón proyectó muy cerca de las rocas al del saco blanco.

—¡Abajo tú también, «bonito»!

El chófer saltó del vehículo situándose en un lugar donde Curtis pudiera verlo bien.

—Dame las llaves del coche.

Lo hizo.

Curtis entonces se fue por el otro.

—¡Levántate!

El tipo, recostado contra la roca abrupta, permaneció inmóvil aún, viendo girar amenazadoramente el cañón de la automática.

—¿Quién te envió por mí, «cariñoso»?

Silencio.

Curtis rectificó su posición con respecto al fulano para propinarle, inesperadamente, un punterazo en los riñones.

Se contorsionó entre espasmos agónicos.

Dean metió la pistola en la funda, alzó al tipo sujetándolo por las solapas del saco, castigó violentamente su rostro con la zurda y terminó por lanzarlo hacia atrás.

Volteó sobre la tierra como un balón de cuero.

—¡No hablaré! —consiguió gritar, entrecortada la respiración, con aire desafiador. Curtis empezó a comprender que la cosa no iba a ser fácil. Estaba seguro de que aquel fulano era un acólito, de los

más insignificantes si cabe, dentro de la organización de la «Doctora Cosmógono».

Y precisamente por ser un pez pequeño, resultaba significativo su obstinado silencio. Lo que era peor, su resolución de no hablar.

Evidencia de que aquella poderosa organización dirigida por la mujer que había demostrado tener en sus manos el destino del mundo, no descuidaba un solo detalle.

Ni aun tratándose de un peón sin importancia.

Pero eso sí, la «Doctora Cosmógono» le temía a él.

A Dean Curtis.

Porque una vez y otra enviaba a sus pistoleros con la misión concreta de aniquilarle.

Sin suerte, por fortuna para Dean.

—Te voy a estar sacudiendo hasta que se haga de día —amenazó Dean Curtis.

El fulano soltó una risotada soez.

—¡Puedes matarme si quieres, bastardo!

Curtis dio un paso. Se detuvo bruscamente.

Metió mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo el paquete de cigarrillos, colocando uno entre sus labios.

Luego, sacó el mechero.

Lo hizo saltar en la palma de la mano y terminó por mostrárselo al terco mestizo.

Preguntó:

—¿Sabes qué es esto? ¡Claro que sí! Un mechero… ¿Estás seguro? Pues sí lo es. Pero distinto a los demás. Equipado con un dispositivo especial de rayo láser. ¿Has oído hablar del láser?[2] Bueno, éste tiene su misma composición básica, con ligeras modificaciones que lo convierten en letal. Puede carbonizar a una persona.

Curtis se sonrió interiormente al ver brillar en los diminutos ojos del mestizo una llama de temor.

—Probé hace un par de semanas con dos tipos más duros que tú, ¿sabes? Conseguí que ambos recordaran en un lapso de tiempo asombroso la fecha en que habían nacido sus bisabuelas. ¿Pruebo contigo, «cariñoso»?

Se dispuso a encender el mechero.

—¡Tabú! —exclamó el chófer.

—¡No! —gritó el otro—. ¡Diré lo que quieras!

Curtis ensayó una ingenua sonrisa.

—¡Pero qué fácil de convencer eres, «cariñoso»! ¿Me dices tu nombre ahora?

—Amos Waldo.

—¿Quién te ha encargado el «trabajito»?

Pareció que Amos iba a resistirse ante esa pregunta.

—No te mataré, Waldo —musitó Dean, ominosamente—. Me limitaré a dejarte ciego.

Lo vio estremecerse.

—¡No! —gritó al tiempo que hacía intento de levantarse.

—¡Eh, quieto ahí! Estás bien de rodillas, así me hago el efecto de que me adoras.

¿Quién te ha dado el encargo?

—«Chacha» Duke —respondió de un tirón.

Curtis arqueó las cejas.

—Ese nombre… me suena. «Chacha», amplíame detalles, amigo Amos.

Tragó saliva.

—¡Me matarán!

—¿De veras? ¿Y tú a qué habías venido al aeropuerto? ¿A traerme un ramo de flores?

—¡Me obligaron! ¡Te lo juro!

—Suena a gastado. Colócame otro «cuento».

—¡Me amenazaron con matar a mi hija! —gimió Waldo, con un acento que parecía sincero—. Y me dieron cinco mil dólares.

—Eso me lo creo…, y celebro que te paguen tan bien —sonrió el agente del CIA, con escepticismo—. Pero la fábula de la hija desamparada no encaja del todo en este asunto. La verdad, Waldo, ¿o prefieres que te deje ciego?

Dean le mostró el mechero.

—¡Noooo! ¡Te lo diré! —gritó el mestizo, asustado de veras—. Yo…, yo trabajo para «Chacha» Duke.

—Ya veo, Waldo, ya veo. Eres su asesino de confianza, ¿eh? Sigue.

—«Chacha» colabora con alguien muy importante… —explicó Amos Waldo, con voz trémula—. Por cuenta de ese alguien me encargó que viniera al aeropuerto…

—¿Importante dices? ¿No se llamará o se hace llamar «Doctora Cosmógono»?

—No lo sé. —Y viendo el rictus irónico que se formaba en labios de Curtis, añadió gritando—: ¡Es verdad, no lo sé! ¡Créeme! ¡Te lo juro por mi hija…, por mi madre te lo juro!

Curtis se encogió de hombros.

—Con tanto juramento tendré que creerte. ¿Regenta mi amiga «Chacha» un club nocturno llamado «Chez Chacha»?

—Sí, sí, así se llama.

—¿Tiene tu jefa una amiguita llamada Marisa Da Costa?

Dudó Waldo unos instantes.

—Sí, creo que sí. Las he visto juntas en un par de ocasiones.

Dean Curtis se sonrió a sí mismo. Pellizcó su barbilla mientras le asomaba un brillo extraño a los ojos.

«Chacha» había dirigido todos los atentados hacia él por orden de la «Doctora Cosmógono».

Club nocturno, reservados, chicas… ¿Qué tal se vería «Chacha»?

—¿Está Marisa con ella ahora?

—No…, no lo sé, de veras que no.

Curtis, que no se había preocupado más del chófer por creerlo lo suficiente atemorizado, estuvo a punto de pagar muy caro uno de los pocos descuidos que había tenido en su vida profesional.

Por el rabillo del ojo captó el brillo siniestro de la acerada hoja que, como por arte de magia, nacía en manos del taxista en aquel instante.

Se dejó ir en tierra las décimas de segundo precisas para que el cuchillo, hábilmente lanzado, no encontrara su garganta como punto de destino.

Oyó que Amos Waldo gritaba unas palabras en dialecto hawaiano.

Curtis, con aquella elasticidad de movimientos, con aquella precisión cronométrica que sólo podía encontrarse en los más depurados estilistas circenses, se alzó en el aire, al tiempo que desenfundaba su automática renunciando a emplear el láser.

Dio medio giro en pleno salto.

Amos disparó un 38 que por lo visto había llevado oculto, marrando lo que suponía un fácil blanco.

La automática de Curtis escupió llameantes salivazos de plomo.

—¡Me has dad…!

Amos Waldo se torció sobre la cintura con el pecho atravesado por dos proyectiles.

El otro corría en zigzag buscando el amparo de las rocas y la oscuridad.

En el instante que Dean tomaba tierra con felina agilidad, el chófer se disponía a rodear un enorme pedrusco de agudas aristas.

Curtis oprimió de nuevo el gatillo al percatarse de que el tipo giraba fugazmente mostrando el pavonado bulto que sostenía con la derecha.

Ambos disparos se confundieron en uno solo.

Una ráfaga de siniestro aire cálido azotó los rebeldes cabellos que caían sobre la frente de Dean.

—¡Aaaaah!

El alarido se prolongó durante varios segundos con infernal eco, mientras el criminal taxista caía por el acantilado, imprimiendo a su cuerpo trágicas volteretas, sonoros impactos contra las rocas.

Curtis se mesó los cabellos.

—Mal van las cosas —murmuró para sí—. Primero los tres tipos que liquidé al salir del auto. Después la francesa y el orangután, ahora este par…

Tenía una pista.

Muy débil para considerarla clave del éxito en un asunto tan delicado, tan difícil, tan complicado.

Tan definitivo.

Dos nombres de mujer.

Marisa Da Costa y «Chacha» Duke.

Un club nocturno. Vuelta a Wailukú, en donde antes de saber la difícil misión que le iba a ser encomendada, ya había estado a punto de ser asesinado.

«Doctora Cosmógono».

Todo eran mujeres en aquel diabólico asunto.

Llenas de veneno.

Pero muy hermosas, eso sí.

Era triste que a hombres como él le apeteciesen esa clase de venenos. Un precio muy alto a pagar por unos pocos minutos de placer.

Ellas siempre eran peligrosas. Por varios motivos. Su hermosura,

sus encantos, su escaso afán por cubrirlos, su hechizo…

Su perversidad.

Hasta eran capaces de arrullarlo entre sus brazos y besarle en la boca mientras un gorila se acercaba sigilosamente para hundirle una navaja en la espalda.

A Jeanne no le había salido demasiado bien.

Con una irónica sonrisa en sus labios, Curtis se encaminó al coche donde una vez más le habían ofrecido la muerte.

Regresó al aeropuerto para recoger su flamante y trucado «Mercedes».

CAPÍTULO VI

La morenaza del *comptoir* desorbitó aquel par de faroles que tenía por ojos al ver avanzar hacia ella la arrogante silueta de Curtis.

—¡Eh, apolo! ¿No te habías marchado?

Negó él con una sonrisa.

—Te han informado mal, preciosa. ¿Crees que podía largarme sin verte puesto ese jersey que guardas para los ratos íntimos?

Torció ella sus carnosos labios.

—No te creo, apolo.

—Aborrezco a las mujeres incrédulas…, y me veo obligado a besarlas… ¡así!

Menudo salto el que Curtis dio hacia el mostrador.

Menudo beso.

Menudos colores le subieron a la morenaza.

—¡Me has puesto en ridículo!

—Es para que aprendas a creer en mí —sonrió Curtis, cínicamente—. ¿Sigue hospedado aquí el profesor George?

Hizo ella un gesto elocuente.

—Se ha pasado el día preguntando si de veras te habías largado a Washington.

—Se pondrá muy contento al verme, morena. Te lo aseguro. ¿Está disponible la misma habitación que ocupaba?

Esbozó un rictus de temor.

—¿La de los… crímenes?

—Justo, pequeña.

—¿Dormirás tranquilo?

—Como un lirón.

Se encogió de hombros y ahuecóse el puntiagudo escote del jersey.

A Curtis le entraron escalofríos de sólo pensar en cómo sería el que llevaba en la intimidad.

—Está libre, apolo.

—¡Dean Curtis! —estalló una voz a espaldas del agente del CIA —. ¡Maldita sea mi suerte!

No era necesario que Curtis se volviera, pero lo hizo.

Tropezó con la silueta rechoncha y macilenta del profesor Anthony George.

Vestía un traje color ocre que complementaba con un desastroso sombrero playero de rafia, una camisa a listas estridentes y una corbata rojo chillón.

Un verdadero poema.

—¿Cómo se retira tan tarde a descansar, profesor?

—Pero ¿es que no voy a pasar mis vacaciones tranquilo? —se lamentó el profesor mientras limpiaba su frente sudorosa con un enorme pañuelo blanco—. ¿Me van a vigilar los dos ahora?

Curtis se plantó junto a él.

—No sea tan escandaloso, profesor. ¿Es igual de reservado cuando de sus inventos se trata?

George guardó el pañuelo mientras sonreía de forma grandilocuente.

—¿Va a comparar su trabajo con el mío, Curtis?

Dean estuvo a punto de responder con un exabrupto.

—A veces, profesor George, creo que ya le dije algo parecido no hace mucho, la seguridad del mundo depende de que hombres como yo velen por hombres como usted y por los ingenios que inventan los hombres como usted. ¿Puede comprender eso? De todas formas, para su tranquilidad y mi satisfacción, debo poner en su conocimiento que he sido relevado de la desagradable misión de custodiarle. ¡Hasta nunca, profesor!

Y dio media vuelta caminando de nuevo hacia el *comptoir*.

* * *

Se introdujo en un tugurio no muy bien oliente, frecuentado por marinos, negros, mulatos y un buen porcentaje de hez humana.

Le salió a recibir una hembra opulenta que tenía el rostro como una taza de chocolate.

—Yo te haré conocer el placer de las noches de Hawai…, moreno.

Le dieron náuseas sólo de pensarlo.

—¿Qué daño te he hecho yo, mulata?

Torció ella sus labios abultados y carnosos.

—Tengo experiencia, chato.

—Mi papá me pagó una buena escuela, «leona». Nos veremos otro día.

Se largó de frente al mostrador y pidió un *whisky*.

Cuando salió del antro, Curtis ya conocía la ubicación del club nocturno de «Chacha» Duke.

Hizo volar el «Mercedes».

* * *

Su verdadero nombre era: «Sweet love of the club».

Muy pintoresco, muy emotivo, muy romántico, muy todo: «Club del dulce amor».

Pero ahora les había dado por llamarlo «Chez Chacha».

Quizá porque a la entrada, un cartel que representaba una mujer de mucho calibre decía: «Canta, “Cha-cha”».

¡Vaya! La niña era también artista.

Cuando traspuso las colgantes y cristalinas cortinas, Dean Curtis se vio en la obligación ineludible de asombrarse.

¡Fabuloso!

Como los discos de Ray Connif, su orquesta y coros.

Las mesas eran ni más ni menos que pequeñas barcas de pesca, partidas por la mitad, en cuyo centro se alzaba un pie de madera con superficie redonda. Tanto los que ocupaban proa como popa quedaban casi ocultos, y de ser muy bajos, ni la cabeza se les veía.

Toda la decoración obedecía a motivos marinos.

Conchas colgantes de la pared, viejos timones, gruesas estachas componiendo diversidad de nudos marineros, banderas piratas, espadas, garfios, patas de palo y un sin fin de peculiaridades distribuidas con singular acierto.

El mostrador, bar o barra, quedaba a la izquierda. Y estaba formado por una barca algo mayor que las demás, inclinada sobre estribor a lo largo de su eslora.

Los camareros que había detrás del original mostrador —a los que podía esperarse vestidos de piratas, pescadores o algo por el estilo—, vestían un impecable *smoking*.

¡Sorprendente!

Al fondo, la pista de baile semejando una concha gigante.

Detrás de ésta, se abría la boca de un enorme tiburón —con espeluznante dentadura— en cuyo paladar, ¡superlativo de originalidad!, se alojaba la orquesta con todo su instrumental.

«Chez Chacha».

La clientela parecía ser distinguida, al menos, vestía bien y se perfumaba mejor.

Casi todo eran parejas.

Románticas parejas que se escondían en las barcas-mesas para besarse hasta no poder respirar.

Cuando un tipo hacía acto de presencia en plan solitario, la hawaiana de turno se encargaba…

—¿Vienes solo, precioso?

Dean enarcó las cejas al girar la cabeza hacia su izquierda.

—Venía —corrigió.

Era una menudencia morena, de curvas cortadas a escarpe y cincel, que mareaba si no se hacía un alto en la cintura.

Traía puesta una falda plisada de color azul, corta, muy corta, cortísima, supercortísima, que mostraba las piernas de línea más impecable, de curva mejor formada, de piel más deliciosamente tostada que Curtis recordara haber visto.

Exceptuada la inconmensurable Marisa, desde luego.

Lo que aquella muñeca llevaba puesto de cintura para arriba podía llamarse blusa, ¿por qué no?

Muy blanca, muy nítida, muy transparente, muy en evidencia ciertos detalles.

¿Escotada?

Poco, demasiado… Eso iba al entender de cada uno y de acuerdo con el concepto que se tuviera de la palabra escote.

Pura cuestión de apreciaciones.

Los labios sensuales sonreían invitadoramente. Los ojos almendrados, brillantes, tenían luz propia y voz.

Hablaban.

—¿Cómo te llamas? —inquirió con voz melosa la bella nativa.

—Si dejas de mirarme, trataré de recordarlo. ¿Nos sentamos? Bueno, si es que hay barca libre.

Ella se colgó de su brazo. Le hizo sentir el tibio contacto de su piel tersa y suave.

Musitó:

—Siempre la hay para Lorena.

—¿Lorena? Bonito nombre…, pero menos que tú.

Llegaron a la última barca de aquel mar romántico.

—¿Te gusto?

Se habían sentado.

—Sabes la respuesta, ¿o no?

Iluminó su bronceado rostro una sonrisa deliciosa que descubrió la doble hilera de unos dientes menudos y nacarinos.

—Diría que sí. Y tú no me desagradas, americano.

—¿Cuánto te pagan?

La inesperada pregunta de Dean dejó a la muchacha en suspenso. La llegada del camarero fue providencial. Le ayudó a que pudiese demorar la respuesta.

—¿Qué vas a tomar, Lorena? —le preguntó Curtis.

—Un «Martini» muy seco.

Dean miró al fulano del *smoking*.

—Ya oíste, muchacho. Que sean dos. ¡Ah! El mío con cuatro aceitunas.

—¿Cuatro? —No pudo por menos que sorprenderse el camarero.

—¡Oh, sí! Cuatro he dicho. Papá tiene una plantación de olivos, ¿comprendes? Contribuyo al consumo aportando mi granito de arena.

La muchacha soltó una sonora carcajada mientras el tipo se retiraba con un elocuente visaje de extrañeza.

—Decía… —musitó Curtis, pellizcándose la barbilla—. ¡Ah, ya recuerdo! ¿Cuánto te pagan, Lorena?

Murió la sonrisa en los golosos labios femeninos. Se inclinó ligeramente tratando de distraer la atención de Dean con sus poderosos y turgentes argumentos.

—La exhibición no te exime de responder —dijo él, con cínica sonrisa—. Reconozco que tienes «calidad». ¿Qué hay de tu sueldo?

Lorena consiguió una mirada de genuino asombro.

—¿Qué quieres decir?

Curtis tamborileó con los dedos de la diestra sobre la original superficie de la mesa.

—Ya veo que me entiendes perfectamente —dijo, ofreciéndole un cigarrillo que ella aceptó. Y mientras le ofrecía, asimismo, la llama de su mechero, Dean oprimió un resorte lateral que accionó el oculto dispositivo de una cámara fotográfica. Dijo después—: «Chacha» te paga por entretener a los clientes, ¿no? Pero tratándose de «cocinar» un futuro «fiambre», la cuota debe de ser mayor, ¿verdad?

Lorena estaba desconcertada.

Un temblor apenas perceptible de su barbilla, graciosa por el hoyuelo que la surcaba, ponía en evidencia el nerviosismo que comenzaba a invadirla.

—Eres un tipo extraño, Cur…

Calló de inmediato llevándose una mano a los labios instintivamente. La retiró con rapidez, por instinto también, al rozar con la yema de los dedos el extremo ardiente del cigarrillo que sostenía entre los labios.

Obvio que Lorena no estaba preparada ni avezada en según qué clase de trabajos.

Quizá por eso precisamente la habían elegido.

Su nerviosismo, el error que acababa de cometer, su desconcierto, viéronse aumentados cuando sus ojos almendrados tropezaron con la negligente sonrisa que iluminaba los labios de Curtis.

—No te detengas, muñeca. Ya sé que sabes mi nombre. Te lo dijo «Chacha». Y muy enfadada por cierto, ¿no? Sus asesinos a sueldo siguen sin poder conmigo…

¿Qué tal le ha sentado el fallo de su pistolero Amos Waldo?

Lorena exhaló una larga columna de humo.

—No sé de qué me hablas.

—Eres ingenua, Lorena. Pero no tanto como pretendes serlo. Y además, muy mala actriz. ¿Quieres que te diga el plan? Dean Curtis, un tipo atractivo, disculpa si no soy lo modesto que debiera, pero con acusada debilidad por los bien situados encantos femeninos. Tú, eso sí, eres hermosa hasta la saciedad. Bailas conmigo, bebes, dejas que te bese…, y sugieres un paseo por un lugar tranquilo donde sólo tú y yo rompamos la soledad. El cielo azul, las estrellas, la

noche… ideal para que me sienta romántico y trate de hacer poesía. ¿Qué mejor poseía que el beso? Te estrecho apasionadamente entre mis brazos y tú sujetas mis hombros, en tanto te beso…, mientras alguien me clava dos balazos por la espalda o un afilado cuchillo. ¿Es así… o estoy en un error, pequeña?

Lorena pisoteó el cigarrillo nerviosamente. Se levantó con brusquedad.

—¡Estás loco!

Curtis la atrapó por un brazo, obligándola a sentarse.

—Te quedas, muñeca, te quedas, aquí, con el solitario tío Dean. Si vuelves a levantarte me pondré desagradable…, y soy muy capaz de golpearte.

Llegó en aquel instante el camarero con los dos «Martini». Y las cuatro aceitunas, ¿cómo no?

—¡Por favor, Dean, te lo suplico! —murmuró la hermosa hawaiana—. Déjame marchar.

Curtis sonrió con la infantilidad de un niño.

—¿Vas a dejarme solo?

—¡Me matarán!

Enarcó las cejas burlonamente.

—¡No me digas! ¿Por qué?

—No puedo hablar.

—¿Aunque sea yo quien te mate si no lo haces?

Los ojos almendrados se contrajeron temerosos en lo más íntimo de las elípticas órbitas.

—¿Por qué… por qué habías de hacerlo?

—¿Por qué habías de llevarme tú al matadero? Lorena se mordió los labios.

—Al que no obedece… lo matan. Curtis, te ruego que me creas.

Dean sonrió, ahora de una forma distinta. Sin ironía. Diríase que lo hizo con ternura.

—Te creo, Lorena. ¿Es la primera vez que te encargan un asunto como éste?

Titubeó.

—Sí, Dean. Te juro que yo no quería.

—¿Dónde tienes que llevarme y a qué hora?

Lorena, vencida, tanto por el temor como por el influjo magnético que la mirada y las palabras de Curtis empezaban a

ejercer en sus sentidos, murmuró:

—¿Tienes un «Mercedes» negro, no es así?

—¡Maravilloso medio de información! Es cierto… Sigue.

—Debía sugerirte que diéramos un paseo por la carretera de la playa…, cerca de las dos.

—¿Por qué no me lo sugieres?

La maravillosa nativa abrió sus refulgentes ojos con extraordinario asombro.

—¡Te asesinarán!

—No, si tú me ayudas.

Un rapto de firmeza y decisión asomó en la mirada de Lorena.

—Te ayudaré, Dean. —La frase escapó de entre sus labios con un matiz encendido, casi apasionado, que bordeaba muy de cerca un sendero conocido.

Para Dean Curtis.

CI-003

permaneció en silencio unos minutos, al fin, muy despacio, musitó como hablando para sí:

—Creía lo contrario…, pero, eres la más peligrosa de todas, Lorena.

Torció ella su jugosa boquita.

—¿Por qué?

Curtis se acarició el mentón pensativamente.

—Por tu ingenuidad, por tu dulzura… porque vas a conseguir que me enamore de ti sin darme cuenta. —Echó un sorbo del «Martini» a la garganta, dejó el vaso y quiso saber—: ¿Todavía no son las dos?

—No comprendo esa prisa por arriesgar tu vida, Dean.

Sonrió como sabía hacerlo el hombre del CIA.

—No es por eso, amor. Es que me consumo en deseos de besarte. Bien vale un beso de tus labios el arriesgar mi vida… ¿Qué mejor sudario puedo pedir?

Un escalofrío hizo estremecer visiblemente el cuerpo maravilloso de la nativa.

—No digas eso, Dean.

—Apenas me conoces, Lorena. Soy un desconocido al que te obligan a llevar al sepulcro. ¿Qué te hace cambiar de opinión?

—Un minuto puede ser una eternidad, Dean.

—Excelente máxima. ¿Dónde las has leído tan buenas?

—En mi corazón.

—Eres peligrosa, Lorena, muy peligrosa.

Los ojos de la mujer cayeron en los de Curtis como una caricia de terciopelo.

Un ofrecimiento sublime.

—Voy a arriesgar mi vida por ti…, tú también eres peligroso, Dean. Cuando miras intensamente con tus ojos azules…, cuando sonríes con esa ingenuidad…

—Lorena…

—¿Qué, mi amor?

—No puedo esperar.

La boca de la esplendorosa hawaiana se entreabrió lentamente.

—¿Esperar?

—A que sean las dos para besarte.

Los brazos de Curtis pasaron sobre la mesa para rodear la azabache cabecita y atraerla hacia él.

Las manos de Lorena se aferraron de improviso en la nuca de Dean, mientras apretaba sus jugosos labios. Sus voraces labios.

—Eres peligrosa, Lorena.

Sólo fue un alto en el beso.

CAPÍTULO VII

Detente aquí, Dean.

Curtis aplicó suavemente los frenos del «Mercedes».

—¿Bajamos?

—Sí —repuso Lorena.

Saltó por encima de la portezuela y rodeó el descapotable para abrir la opuesta.

—Procura conducirte con naturalidad —le advirtió a la mujer, mientras empezaban a caminar enlazados por la cintura—, de tus nervios depende que salvemos la vida.

—¡Dean! —exclamó ella, reteniéndole—. ¿Por qué seguir en este absurdo juego de muerte? ¡Vámonos de aquí antes de que sea tarde!

—Lorena, pueden estar vigilándonos ya —habló Curtis, suave pero autoritario—. Respecto a lo otro, comprenderás mis razones. Me debo al Gobierno del país que me paga y tengo una misión que llevar a cabo… No puedo volverme atrás.

—Sí, Dean —musitó, sumisa—. Haré lo que tú digas.

Caminaron unos segundos, en completo silencio, rumbo a las arenas de la tranquila playa.

—Cuando lleguemos al lugar que te han indicado —explicó Curtis—, te abrazaré situándome de espalda a la carretera. ¿De acuerdo?

—Bajo el sobaco izquierdo llevo una pistola automática. No tienes más que sacarla.

—¡Nunca he disparado, Dean!

—No importa eso. Está montada. Será suficiente con que aprietes el gatillo y hagas ruido. Del resto me encargo yo. Una vez tengas la pistola en tu mano derecha, rodeas mi cintura y apoyas la culata contra la espalda, atisbas cuidadosamente por fuera de mi

hombro y cuando distingas al individuo que se dispone a agredirme, aprietas el gatillo. ¿Entiendes, Lorena?

—Sí, Dean.

—Luego te dejas ir sobre la arena rápidamente y te pegas a ella sin moverte. Pase lo que pase y oigas lo que oigas. Ya te diré cuándo puedes levantarte.

Lorena se apretó hacia él, contagiándole la tibieza de su cuerpo flexible como si se tratara de una corriente de éxtasis.

—Dean, me horroriza pensar en que falle.

—No fallarás, encanto.

—Dean…

—¿Sí, Lorena?

—Estoy enamorada de ti. ¿Qué me has hecho para conseguirlo?

En la oscuridad de la tranquila playa, donde

CI-003

se disponía a dialogar con la muerte por segunda vez, brilló la jovial sonrisa del agente del CIA.

—Nada —respondió con intención—. Todavía nada.

—¿Quieres decir que aún ocultas algo con que aumentar este hechizo maravilloso?

Ella misma atraía hacia sí la fornida silueta del hombre enroscando sus brazos desnudos a la cintura de él.

Caminaba con la cabeza hundida en el torso masculino, dejándola resbalar con languidez.

Y las hebras azabache, mecidas por la brisa suave, ondulaban graciosamente como una bandera romántica.

—Sí, pequeña —repuso Dean—. Guardo para ti… lo mejor de las esencias amorosas, algo que no se puede describir, pero que será tuyo y mío.

Lorena alzó la cabeza.

—Hemos llegado, Dean.

—No te entregues en el beso, pequeña. Tu atención debe estar fija en lo que suceda a mi espalda.

—Es como una película, Dean. Debo besarte sin poner el alma en mi boca.

—Y ello salvará nuestras vidas abriendo la oportunidad de mutuas entregas.

—No sigas, mi amor. Presiento que tus palabras van a turbar mi

cerebro.

—Estoy de espalda a la carretera, Lorena. Cuando tú quieras.

La hawaiana, cuidadosamente, introdujo su mano derecha por dentro de la chaqueta de Curtis buscando la pistola con la yema de sus dedos.

Tiró de ella.

—La tengo, Dean.

—Sitúate cómo te he dicho, apóyala en mi espalda, adelanta tus ojos hacia la carretera por fuera de mi hombro… Yo besaré tus cabellos, tu frente… Qué deliciosa eres, pequeña…

—No, Dean, te lo suplico. No me rindas.

—Tus ojos hacia la carretera, Lorena.

—Sí, amor. Pero no me hables, te lo ruego.

Curtis, tensos los nervios como cuerdas de guitarra, calculaba mentalmente sus movimientos mientras seguía rozando con sus labios la azabache cabellera.

No fue necesario que Lorena hablara para que Curtis se percatase de que alguien se acercaba.

Percibió en sus brazos el temblor convulsivo que azotaba el maravilloso cuerpo de la mujer.

—Veo una sombra, Dean —susurró ella, con un hilo de voz.

—Espera que esté más cerca, Lorena. Domina al máximo tus nervios.

—Es un hombre. Creo que lleva una escopeta en la mano.

—¿Lo ves bien?

—Sí, ahora sí… Está como a unos diez metros.

Unos segundos de silencio.

—¡Dispara!

Lorena apretó su diminuto índice contra el gatillo de la automática tres veces consecutivas.

Las llamaradas iluminaron fugazmente la oscuridad del mar y de la arena.

—¡Maldita! —rugió alguien.

—¡A tierra! —gritó Curtis, empujando con su cuerpo al de la mujer.

Rodaron sobre la arena.

—No te muevas —susurró

CI-003,

mientras tomaba la automática de manos de Lorena.

—¡Allí están! —Tralló una voz masculina—. ¡Con la metralleta!

Curtis no se movió.

Vióse obligado a proteger a la muchacha del aluvión de plomo que brotó desde un punto cercano.

—¡Sigue, sigue! —voceó el mismo de antes.

Curtis dio un par de giros sobre la arena sin alejarse demasiado de la mujer.

Brincó fugazmente, al tiempo que disparaba su automática.

Sólo por el deliberado hecho de delatar su posición. El de la metralleta mordió el anzuelo.

Asomó por encima de una duna enfilando el cañón de su arma hacia el lugar de donde había brotado el disparo.

Envió un par de rafagazos.

—¡Aaaah!

—¡Le diste, Poncie!

—¿Y Lorena?

—¡Maldita perra traidora! Estará escondida por ahí. Pero no podrá ir muy lejos.

—Vamos por el polizonte, Don. Recuerda que «Chacha» quiere ver su cadáver. —Correcto, Poncie. Para que vea que somos mejores que su preferido Amos.

Los que se nombraban por Don y Poncie caminaron lentamente hacia el punto donde Dean Curtis aparecía tendido sobre la arena.

—¿Lo remato, Don?

—No estará de más un rafagazo, Poncie. Con esa clase de fulanos, todas las seguridades son pocas.

El tipo inclinó con tosca sonrisa el cañón de la metralleta enfilándolo a la cabeza de
CI-003.

Curtis se levantó en un salto extraordinario que sorprendió por completo a los dos criminales.

Le asestó un manotazo al cañón del arma en el preciso instante que Poncie oprimía el gatillo.

Nervios de acero los del hombre del CIA.

Aprovechando el empuje de su fabuloso brinco, Curtis giró en el aire disparando su puño derecho contra el mentón del que empuñaba la metralleta.

Poncie salió disparado al recibir el violento impacto. Don, entretanto, intentó extraer su «*Parabellum*».

Ya la empuñaba cuando Curtis realizó otra espectacular cabriola golpeándole el rostro en violenta y precisa espuela.

Trastabilló, perdiendo la pistola en su aparatosa caída.

Poncie, medio recuperado, enfocó la metralleta hacia Curtis en el momento que éste se lanzaba sobre él.

Los proyectiles silbaron a muy escasos centímetros de la cabeza de Dean, ya que el agente, intuyendo el mortal saludo, rectificó su salto precipitándose contra la arena.

Dio una vuelta sobre sí mismo y oprimió el gatillo de su automática dos veces consecutivas.

—¡Maldit…!

Poncie soltó la metralleta y se revolcó en tierra con ambas manos apretadas contra el pecho.

Don echó a correr playa arriba.

Pero Curtis cayó sobre él con la rapidez y contundencia de un rayo, atrapándole por el cuello para voltearlo por encima de su cabeza.

Don dio vueltas en el aire agitando brazos y piernas como un muñeco desmadejado. Chocó en plenas narices encima de la arena y resbaló por ella sintiendo igual sensación que si deslizara su rostro en un papel esmerilado.

Cuando trató de incorporarse vióse ayudado en su acción por los potentes brazos de Curtis.

Recibió un trallazo en la boca del estómago.

Boqueó agónico en el instante que un filo duro le «cazó» la nuca con demoledora potencia.

Ahora quedó definitivamente inmóvil.

—¡Lorena! —gritó Curtis, respirando Con dificultad a consecuencia del enorme esfuerzo realizado.

La maravillosa hawaiana surgió a su lado lanzándose entre sus brazos y levantando su dorada carita para ofrecer la golosina de sus labios entreabiertos.

Un beso.

—¡Amor, mi vida! ¿Estás bien?

—Sí, prenda. ¿Pasó el susto?

—A tu lado no se puede tener miedo, Dean.

Señaló Curtis a los caídos.

—¿Ves sus rostros?

—No hace falta. Son Poncie y Don. Dos forajidos que trabajan para «Chacha». Como Amos Waldo.

—Éste, ¿cuál es de los dos?

—Don.

Sonrió el agente.

—Bien, lo llevaremos al auto. Con el tiroteo no creo que tarde demasiado en acudir a la playa toda la policía de Honolulú. Y sé de un teniente al que no le caigo muy simpático. —Poncie ¿está muerto?

—Del todo.

Curtis se percató del suspiro que brotaba por entre los labios de la muchacha.

—¿Qué ocurre con ese tipo, Lorena?

Inclinó ella la cabeza.

—No me dejaba en paz. Me molestaba continuamente. Por dos veces trató de…

—Entiendo. Ya no te molestará más.

Curtis arrastró a Don hasta las inmediaciones del «Mercedes». Encendió los faros del auto y giró levemente el volante hasta enfocar de lleno al asesino.

Luego le abofeteó el rostro.

Reaccionó el tipo llevándose las manos a la cabeza.

—¿Qué?

—¡Nada! —le atajó Dean—. Nada te ha pasado todavía en comparación con lo que te puede ocurrir si no respondes con rapidez a mis preguntas.

—Yo no…

—¿Quién te mandó liquidarme?

—No pienso…

Sonó un violento trallazo. Don se revolcó sobre la arena chorreando sangre por la boca.

—¿Quién te pagó por matarme?

—¡No lo sé!

Segundo trallazo y sangre a chorro por la nariz.

—¿Quién?

—Espere, no me pegue más. Yo…

Un tercer puñetazo llevó a Don por los aires.

—¿Quién?

Se retorció dolorosamente.

—¡«Chacha»! Ella nos envió a Poncie y a mí. Esa puerca de Lorena…

Don estaba dispuesto a ganarse más caricias y Curtis dispuesto a no escatimarlas.

Le castigó nuevamente el rostro con un derechazo demoledor.

—No me gusta que insulten a las señoras en mi presencia, cerdo.

Se frotó las manos, al tiempo que exclamaba:

—¡Puaf! Que siempre me las tenga que ver con basura como vosotros… ¿Qué decías de Lorena, Don?

—Ella debía traerlo a usted a la playa para que nosotros…

—Para que vosotros me acribillarais por la espalda, ¿no?

Don respondió elocuentemente con su silencio.

—Bien —agregó Curtis—, ahora mismo iremos tú *y yo* a ver a «Chacha».

—¡No! —exclamó, alzando las manos—. ¡Eso no!

—Ya lo creo que sí, asesino fracasado.

Don, desesperado, miró a la muchacha suplicante, a la vez que gritaba:

—¡Lorena, díselo, convéncelo! ¡Nos matarán a todos! ¡A ti también! ¡A él!

—Me gusta la idea, Don. Como no me han matado nunca, tengo unas ganas locas de probar. ¡Y tú conmigo!

—¿Qué hago yo entretanto, Dean? —inquirió Lorena.

—Te dejaré a la puerta del «Paradis Rouge». Pide una habitación y le dices a la morena del *comptoir* que carguen los gastos a mi cuenta. Me conoce lo suficiente como para no ponerte impedimento alguno. ¿Entendido?

—Sí, Dean.

—Cuando regrese me informaré de la habitación que te han asignado.

—Te estaré esperando, Dean.

Curtis desaprobó con la mirada.

—No, pequeña. Han sido demasiadas emociones en pocas horas. Procura descansar. Lorena iluminó el rostro de Curtis con el fulgor de sus ojos almendrados.

—Te esperaré despierta, amor.

—Sé buena chica y obedece.

—Te esperaré…

Dean, renunciando a convencerla, se encaró con Don.

—¡Andando, muévete, pasa por detrás!

Antes de que se acomodara en el hueco abierto entre el respaldo de los asientos delanteros y la carrocería, Dean lo inmovilizó empleando para ello los cordones de sus zapatos y la correa.

Cuando llegaron frente al «Paradis Rouge», Curtis advirtió a la muchacha:

—No te muevas de ahí para nada, Lorena.

—Prometido, amor.

Saltó a tierra luego de rozar con los suyos, fugazmente, los labios del hombre.

—Procura que tengamos suerte —dijo Curtis, torciendo la cabeza hacia Don—, de lo contrario, da por seguro que la «palmas».

Puso el coche en marcha.

* * *

Dean extendió el índice de su mano derecha hacia el luminoso.

«Chez Chacha».

—¿Tiene alguna otra entrada, Don?

—Sí, por la parte posterior. Pero la llave está en poder de Chacha.

—No sufras por ese detalle, meticuloso.

Pisó el acelerador y arrancó con suavidad para rodear el original club nocturno.

La puerta que Don había mencionado daba a una calleja estrecha por donde el «Mercedes» circuló con dificultad.

No se veía un alma.

Ni una luz.

Ni tampoco se oía ruido alguno.

—¡Ésa es! —exclamó el asesino.

Curtis saltó del coche, sacando a su prisionero por el cuello del saco.

Automática en mano, agregó, luego de las advertencias preliminares:

—Camina delante de mí. Cuando llegues a la puerta pégate a ella y permanece inmóvil, muy quieto… No ensayes ninguna artimaña porque te «taladro» sin manías. ¿Está claro? —Lo está.

Y cumplió las instrucciones del agente al pie de la letra.

CI-003

estuvo manipulando con habilidad, cuestión de treinta segundos, la cerradura. Cedió la puerta mansamente.

—¿Lo ves, pimpollo? Eso no tenía problema.

Se adentraron por un pasillo bañado en tenue penumbra.

—¿El «agujero» de Chacha, pimpollo?

—Cuando alcancemos de este pasillo el recodo final, la segunda puerta de la derecha. —Pues anda, no te detengas que se nos hace tarde… ¿Qué te ocurre?

Don se volvió, pero no para intentar un acto de agresión. Dijo, en tono de súplica:

—¡Por Dios! ¡Escúcheme un minuto!

—Bien. Veamos que tal aprovechas tú sesenta segundos.

Don se pasó el dorso de la mano por los labios.

—«Chucha» tiene un aparato diabólico. ¡Créame! Hace desaparecer objetos y personas.

—Muy interesante —sonrió el agente—. ¿Ha sido «Chacha» quien ha ido enviando a su gente contra mí?

Don engulló saliva.

—Sí. Ella recibe órdenes del jefe y nos las transmite a nosotros. Le ordenaron eliminarlo a usted.

—¿Quién es el jefe?

—Lo ignoro. Sólo «Chacha» lo sabe.

—¿Has oído hablar de la «Doctora Cosmógono»?

—Nunca había oído ese nombre tan raro.

—Correcto, Don. Vamos al «agujero» de «Chacha».

La faz del asesino se tiñó de color púrpura.

—¡Nos matará! ¡Nos matará a los dos! ¡No saldremos de su cuarto con vida!

Curtis le empujó con el cañón de la pistola.

—Camina si no quieres que le ahorre trabajo a «Chacha».

Don, pasando del púrpura al blanco cadavérico, arrastró los pies como un autómata. Torció por el recodo, dio dos pasos, señaló la puerta y dijo:

—¡Ahí nos aguarda la muerte!

—¡Pues entremos, Don! ¿A qué hacerla esperar?

El tipo se hizo a un lado.

—Yo no.

Presionó Curtis contra la espalda de Don el cañón de la pistola.

—¡Abre la puerta y saluda a la muerte! ¡Rápido, que se me calienta el dedo en el gatillo!

Como un muerto, aunque los muertos no se mueven, así se movió el fulano.

Abrió la puerta con infinito cuidado.

Con extremada lentitud.

La empujó muy despacio.

Curtis asomó la cabeza por encima de su hombro.

—¡Anda, cobarde! ¿No ves que no hay nadie?

Le propinó un violento empellón que lo plantó en el centro del despacho dando traspiés.

El «agujero» de la propietaria de «Chez Chacha» no estaba en consonancia con el alarde de originalidad del exterior.

Una mesa, un mueble bar, tres sillas, un par de butacas, un tocadiscos y mi televisor.

Y una mesa ratona entre las butacas, llena de revistas.

—¡Larguémonos de aquí! —se desesperó Don—. ¡Ahora…, antes de que sea tarde! Curtis, curioseando de un rincón a otro, apenas si le prestaba atención.

Don, desesperado, tratando de aprovechar la aparente distracción de Dean, quiso correr hacia la puerta. Una voz le detuvo.

Una voz bien timbrada que no era la de Curtis.

Una voz que Don conocía sobradamente.

CAPÍTULO VIII

Veo que al igual que los demás, tú también has fallado, Don. ¿Tanto cuesta matar un solo hombre?

Curtis hizo intento de volverse.

—¡No se mueva,
CI-003!

El agente se inmovilizó.

—¿Puedo al menos saber con quién estoy hablando?

Antes que las palabras, vino en respuesta una risita sádica.

—¡Está dialogando con la muerte,
CI-003!

Don, que alcanzaba un matiz muy pálido, difícil de definir, estaba temblando convulsivamente.

—Curtis —habló de nuevo la voz bien timbrada, femenina, que Dean supuso como su propietaria a «Chacha» Duke—, ¿ha oído hablar del «atómico-fragmentizador», verdad?

—Nociones, sólo nociones, «Chacha» —repuso el agente, con su habitual ironía.

—Celebro que sepa sonreírle a la muerte, camarada Curtis. En mi mano derecha tengo uno de esos extraordinarios «aparatitos», al menor intento de rebeldía, lo borraré de la tierra antes de tiempo. ¿Me ha comprendido bien?

—Correcto, «Chacha». Tu gramática es música. ¿Puedo volverme?

—Suelta la pistola primero, Curtis —dijo ella, correspondiendo al tuteo—. Luego, vuélvete despacio.

Dean cumplió.

A, girar, sus ojos tropezaron con otra de aquellas mujeres maravillosas, inmensas, que se criaban bajo la brisa nocturna de las

playas hawaianas, que crecían al arrullo de su clima tibio, que recibían en sus ojos la misma luz que las estrellas que poblaban el cielo de Hawai.

¡Colosal!

«Chacha» Duke era una mujer colosal.

Para coger vina cogorza de pasión y morir en sus brazos lamentando morir solo una vez.

Vestía…

Porque aquello que llevaba tirado sobre su cuerpo de mimbre era tan frágil y cristalino, tan cruel…

Las curvas eran un pentagrama de armonía con notas que discordaban por su agresividad.

Por su rotunda estridencia.

Frase repetida la que se dibujó con letras de molde en el pensamiento de Curtis:

«¡Jamás he visto otra igual!».

Y es que en Hawai, cada mujer era una sorpresa. Cada criatura, más deliciosa que la anterior.

¿Marsha, Marisa, Jeanne, Lorena?

Pero «Chacha», apretando con firmeza entre los de dos de su mano derecha un aparato que no abultaba más que una caja de bengalas, se convertía en una póliza de muerte sin ofrecer derecho a la cogorza pasional.

No tendría la suerte de morir en sus brazos.

—Veo que la «Doctora Cosmógono» se ha rodeado de maravillosas colaboradoras —comentó Curtis, con sangre fría—. ¿Me permitirás que te bese antes de matarme?

«Chacha» entreabrió sus labios sensuales.

—Eres todo un tipo, Curtis. Cree que lamento tener que «liquidarte» personalmente. Pero ¡ya ves!, ante los reiterados fallos de mi gente…, ¡la culpa es de quienes te han enviado a luchar contra la «Doctora Cosmógono»! ¡Tus superiores te han sentenciado a muerte! No han querido seguir los consejos y órdenes de ella. Y todo es inútil. ¡Será la dueña del mundo!

Don parecía que iba a descomponerse.

—Ellos, tus superiores, los políticos, los miembros del OIDM tuvieron una muestra del poder infinito de la «Doctora Cosmógono». —Alzó «Chacha» la mano derecha significativamente

—. Tú vas a tener otra.

Giró veloz la mano de la mujer enfocando el aparato sobre el cuerpo del aterrado Don.

—¡Ahora! —gritó ella, con sadismo.

Dean Curtis quedó estupefacto. Un nudo se le formó en la garganta.

¡Don había desaparecido! ¡Había sido fragmentado!

—¿Qué esperas para hacer lo propio conmigo? —inquirió Curtis, en tanto que su cerebro galopaba en busca de una solución.

Difícil. Casi imposible. Sus posibilidades de éxito estaban limitadas al mínimo.

Muerto él, muerto todo.

El mundo para la «Doctora Cosmógono». Nadie conseguiría evitarlo.

—No tengas prisa, moreno —habló «Chacha», recostándose con indolencia contra el marco de la puerta—. Tienes unos ojos azules, preciosos… ¡Ahora comprendo por qué Marisa no quiso ser tu «ejecutora»! Pese a todo, has tenido suerte.

Curtis sonrió con aquella ingenuidad tan suya.

—¿A qué llamas tú suerte?

Mientras estuvieran hablando, los minutos corrían… En cualquiera de ellos podía surgir la posibilidad.

La remota posibilidad.

—Has llegado hasta aquí, ¿no te parece poca suerte?

«Chacha», abandonado su cuerpo bajo aquella transparencia en pose tan indolente como provocativa, unió sus labios formando con ellos una O.

Cual si le enviara un beso.

Beso de muerte.

En aquel preciso instante, un chispazo inundó de luz el cerebro de Dean Curtis.

Preguntó, sin responder a la última pregunta de ella:

—¿Puedo fumar?

Dudó «Chacha».

—Sí, te dejaré consumir hasta la mitad el… último cigarrillo de tu vida.

—Luego, ¿me fragmentarás?

Rió silenciosa.

—Sí.

Y viendo que él se disponía a introducir la mano dentro de su chaqueta, advirtió ominosa:

—No seas tonto, Dean. Saca solamente el paquete de cigarrillos y el mechero. Si llevas otra pistola, antes de que consigas empuñarla habrás desaparecido del mundo.

—Descuida, sé hasta dónde puedo llegar. Quiero fumarme en paz el último cigarrillo. Extrajo el paquete cuidadosamente y se puso uno entre los labios.

Luego, el mechero.

—Saboréalo bien, Curtis.

Mientras alzaba el mechero lentamente para prender el pitillo, Curtis trató de calcular con exactitud la posición de la mano derecha de ella.

—Procuraré no pensar en la muerte —repuso suavemente, para distraerla.

Al mismo tiempo que pulsaba el encendido del mechero, el dedo índice de la mano izquierda de Dean oprimió un resorte diminuto que apenas sobresalía en la base de aquél.

Brotó un chispazo.

—¡Aaaaag!

El grito de dolor brotó vibrante en la garganta de ella.

La muñeca derecha le había sido agujereada.

—¡Maldito, hijo de perra! —Tralló, retorciéndose por el suelo.

El «atómico-fragmentizador», escapado de su mano, rodó en tierra, igual que «Chacha», muy cerca de ella.

Lo atrapó velozmente con la izquierda enfocándolo sobre Curtis.

—¡Muere, bastardo!

Fueron fracciones de décima de segundo.

Un chorro de chispazos destellantes impactaron en la cabeza de «Chacha» Duke antes de que pudiese hacer funcionar el diabólico ingenio.

La muerte fue instantánea.

Carbonizada.

Curtis movió la cabeza tristemente. Lo de siempre. El cara y cruz. Las circunstancias cruciales en las que no se tenía más que decidir si se quería seguir viviendo.

Sin alternativa.

Formaba parte de su trabajo.

Matar.

Se acercó al cadáver de «Chacha».

Era espantoso contemplar ahora su cabeza.

Con infinito cuidado, Curtis recogió aquel aparato que, en unión de otros muchos iguales —al menos así había que suponerlo—, podían proporcionar a la «Doctora Cosmógono» el poder sobre el mundo.

Era una especie de rectángulo construido con un extraño material que, con un brillo más apagado, semejaba al oro.

Tenía un espesor aproximado de ocho milímetros. El tabique frontal parecía cóncavo, a la izquierda destacaba un pequeño pulsador de color rojo… ¡La muerte!

Parecía inaudito, imposible, que un artefacto tan diminuto, tan simple a primera vista, pudiera tener una capacidad de destrucción semejante.

Lo guardó cuidadosamente en el bolsillo, dirigió una última mirada al cadáver de «Chacha» Duke y salió de aquel despacho donde muy de cerca había dialogado con la muerte una vez más.

Empleó, como al entrar, la puerta trasera.

CAPÍTULO IX

La calleja seguía oscura y solitaria.

Curtis clavó sus ojos azules en el «Mercedes». Espléndido «trastito».

¿Pensar?

Nada. Como al principio.

Había conseguido eliminar a cuantos la «Doctora Cosmógono» enviara contra él.

Pero estaba tan lejos de ella como al principia Siete días de plazo.

Algo frío rozó su nuca haciéndole estremecer. Dijo una voz a su espalda:

—¡No te muevas, Curtis!

Un chispazo iluminó el cerebro del hombre. Reconoció la femenina voz. Exclamó con legítimo asombro:

—¡Marisa! ¿Tú?

—Yo, cariño. Sube al auto y pon las manos encima del volante.

Obedeció el agente.

¡La vida estaba llena de sorpresas!

Vio cómo Marisa Da Costa se acomodaba a su lado.

—¿No te alegras de verme, mi enamorado galán?

Se encogió de hombros.

—¿Para quién trabajas, pequeña? ¿Dónde has estado metida?

Recibió el cálido aliento de la colosal muñeca cuando ella se inclinó ligeramente.

—No trabajo para nadie, amor. Pero pon el coche en marcha. Esto que tengo en la mano es una «Super-Star» legítima del nueve largo.

—Impropio calibre para una señorita.

—Arranca de una vez, mi cielo. Si me pones nerviosa…

Obedeció.

—¿Ya has elegido el lugar apropiado para asesinarme, Marisa?

—¡No seas estúpido!

—¿Hacia dónde vamos? Yo, para matarme, te aconsejaría la playa.

Marisa lo fulminó con sus ojos verde violeta.

—¡Deja de decir sandeces y aléjate pronto de aquí!

Lo hizo.

El torrente de *luz* que brotaba de los potentes faros del «Mercedes» barría la carretera de la playa.

La playa de Wailukú.

Donde las estrellas brillaban en lo alto de un cielo azul, presidiendo con sus destellos fulgurantes la quietud de las frescas arenas.

Arenas tranquilas.

Arenas de muerte.

—¡No corras tanto, Dean!

Curtis pisaba de firme el acelerador.

—¡Dispara si quieres que me detenga!

—¡No, Dean, no quiero matarte! ¡Jamás he querido matarte! Al contrario, *me debes la vida.*

CI-003

aplicó el freno con una brusquedad que Marisa Da Costa no esperaba.

Rebotó la mujer contra el respaldo del asiento luego de haber chocado en el inastillable parabrisa.

La pistola saltó de sus manos perdiéndose en el aire.

Marisa, finalmente, se derrumbó sobre el asiento visiblemente aturdida.

Bajó Dean velozmente, la sacó en brazos y la depositó suavemente en el linde de la carretera con la arena.

Recostada en el tronco de una erguida palmera.

Aguardó a que reaccionara para preguntarle antes de que ella pudiera hablar:

—¿Cuándo me has salvado tú la vida?

Marisa, que había perdido en aquel instante su esplendor de diosa de fuego y parecía tener apagado el brillo de sus ojos verde

violeta, apretaba con rabia sus labios gordezuelos y arqueados y ya no era la portentosa mujer, la criatura extraordinaria, fabulosa… ¡estaba llorando!

—¡Maldita la hora en que te conocí, Dean Curtis! ¿Por qué había de enamorarme de ti con sólo mirar tus ojos? ¿Por qué?

Curtis, un tanto confuso, repitió:

—¿Cuándo me has salvado tú la vida?

Marisa alzó los ojos para mirarle.

—En mi *bungalow* —musitó quedamente—, allí te salvé la vida.

—¿En el *bungalow*? —se asombró Curtis ante lo que creía una muestra de cinismo y el principio de otra trampa—. ¿Pretendes que crea eso?

Marisa bajó los ojos para pronunciar sin mirarle:

—Cuando exclamé: «¡Bésame,
CI-003!»,
al mencionarte por la clave que tienes asignada en el CIA, te hice comprender el peligro que se cernía sobre ti. Tuviste tiempo de reaccionar, creyendo que yo me había delatado por la propia seguridad en el triunfo, ¿no? Estabas y estás en un error. Si yo no hubiera pronunciado tu clave hubieses muerto irremisiblemente. Cuando intervine en la primera trampa no te conocía. Sólo tenía referencias de tu aspecto físico… Mi bolso debía caer al suelo si tú te apeabas primero del coche. Fallaron, y luego de conocerte, me alegré con toda mi alma. Por eso te salvé la vida en la segunda trampa. ¿Me crees?

Curtis reflexionaba.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Salvarte la vida? —Una triste sonrisa apareció en los hermosos labios de Marisa da Costa—. Muy sencillo: porque estaba enamorada de ti. Porque lo estoy.

—¿Qué has hecho luego?

—Esconderme. «Chacha» sabía que yo la había traicionado, y no es de las que perdonan. Ni ella ni la «Doctora Cosmógono».

—¿Qué sabes de la «Doctora Cosmógono»?

—Poco… o mucho. «Chacha» Duke sabe más que yo.

—«Chacha» está muerta.

Marisa desorbitó los ojos.

—¡Tú! ¿La has matado?

Sin opción, así la había matado. Y así lo dijo:

—Sin opción. Era su vida o la mía.

Suspiró la muchacha profundamente.

—Creo que sé dónde puedes encontrarla, Curtis. Creo que sé el lugar en que se encuentra la base secreta de la «Doctora Cosmógono».

Sin duda, Marisa Da Costa esperaba una reacción vehemente por parte del hombre.

Una pregunta ansiosa efectuada con los ojos brillantes y la expresión ávida.

No fue así.

—¿Cómo lo has sabido? —inquirió Curtis, con estudiada lentitud, tras un reflexivo silencio.

Marisa se puso en pie.

—«Chacha» tenía una emisora clandestina que empleaba para comunicarse con la «Doctora Cosmógono». No sé el nombre del lugar, pero sí su emplazamiento geográfico, anoche escuché a «Chacha» cómo decía al radiotelegrafista… —Sacó un pequeño rectángulo de papel que llevaba oculto en el busto, añadió—: «Comunica con 32º 15' latitud Norte y 148º 30' longitud Oeste». Es lo que pude oír. Luego, traté de localizar esa posición en el mapa.

Curtis no hizo el más leve comentario. En lugar de ello, preguntó:

—¿Si no deseabas mi muerte, por qué interviniste por segunda vez en la trampa del *bungalow*?

Marisa ocultó sus hermosos ojos.

—Porque me demostraron que podían hacerme desaparecer del mundo sin dejar rastro, cenizas, ni cadáver acusador. ¿Qué hubieras hecho tú, Dean Curtis?

CI-003

inclinó también los ojos.

—Lo mismo, Marisa, lo mismo.

Hubo un silencio. Roto por la voz de Curtis al preguntar:

—¿Tienes idea de quién puede ser la «Doctora Cosmógono»?

Marisa tardó en responder. Y lo hizo en tono quedo.

—Sólo una fugaz sospecha.

—¿Quién?

Pronunció un nombre.

—¡Imposible! —exclamó Curtis, con legítimo estupor—. ¡No puede ser, Marisa! ¿Cómo puedes sospechar eso?

—«Chacha» escuchaba sus palabras con atención…, casi con respeto y temor. Te diré más, Curtis: «Doctora Cosmógono» no es a quien en realidad buscas. Ella es sólo una burda máscara tras la que se oculta ese genio diabólico que, como tú sabes, trata de dominar el mundo.

—¿Cómo sabes tanto de todo esto?

—Las circunstancias me han involucrado en este juego trágico, quizá, como tú dijiste, porque el destino quiso que nos conociéramos. Como mujer, soy curiosa… He tratado de averiguar por mi cuenta.

Un silencio.

—¡Dean!

—¿Qué, Marisa?

—Hay un hombre en la isla llamado Francis Zarco. Tiene una avioneta. Yo dispongo de una balsa neumática. Zarco podría llevamos al cuartel general.

—¿Conoces la posición 32º 15' latitud Norte y 148º30' longitud Oeste?

—Te he dicho que traté de buscarlo en el mapa. Isla de Anahorlew. La última del archipiélago de Kermadec, en la Melanesia. Su situación geográfica es: Sur de la Melanesia, sureste de las Kermadec, que componen el archipiélago central y noroeste de Nueva Zelanda, Anahorlew está deshabitada.

Curtis se pellizcó la barbilla.

—Mucho has averiguado, pequeña.

—Zarco puede llevamos.

—¡De acuerdo! —exclamó Curtis—. Pero antes quiero comprobar si son ciertas tus sospechas con respecto a la enmascarada «Doctora Cosmógono». ¡Vamos al coche!

* * *

Eran altas horas de la madrugada cuando el «Mercedes» se detuvo obedientemente frente a la puerta iluminada del «Paradis Rouge».

Curtis captó de inmediato, por el rabillo del ojo, la conmoción

que registraba el vestíbulo del hotel.

Cosa impropia, dado lo avanzado de la hora.

Fue un presentimiento. Quizá más que eso, una certeza. Pero Dean comprendió que algo extraño había sucedido y que aquel algo, posiblemente, no estaba ajeno a él.

A su misión.

—Quédate en el coche y no te muevas de aquí por nada ni para nada, ¿has entendido? —le dijo a la muchacha.

Marisa, que no se había percatado del ir y venir de varios hombres uniformados por el interior del «Paradis Rouge», inquirió con evidente extrañeza:

—¿Qué sucede?

—Nada, nada, pequeña.

Y saltó del auto.

Curtis penetró a largas zancadas en el vestíbulo del hotel.

La morenaza del *comptoir* le salió al encuentro *con* los ojos desorbitados y la expresión asustada.

—¡Ha sido horrible, apolo!

—Cálmate —le dijo Dean, pellizcándole una mejilla—. ¿Qué ha sucedido?

Ella se frotaba las sienes y mesaba sus ensortijados cabellos.

—Han venido dos hombros, apolo. Preguntando por el profesor George y la señorita Lorena…, una muchacha que llegó hace pocas horas diciendo…

—Sí, sí, yo la envié.

—Han desaparecido. ¡Y el señor Conway, ese que vi muy cerca del profesor cuando tú te fuiste y que llegó…!

—Al grano, morena.

—¡Ha sido asesinado!

Dean Curtis se envaró.

Permaneció inmóvil. Hierático. Como si acabaran de propinarle un tremendo aldabonazo en mitad del cerebro.

¡Dick Conway,
CI-017!
El hombre que Jerry Kellaway había enviado para que lo sustituyera en la misión de escolta del profesor Anthony George.

—Teniente Saltzman del Escuadrón Metropolitano de Hawai —dijo una voz a la izquierda de Curtis.

Giró el agente.

—¡Vaya! ¿Otra vez usted, teniente?

—Empieza a extrañarme la presencia del CIA en todos los crímenes.

Curtis, brillantes los ojos azules, peligrosamente chispeantes, dijo secamente:

—La víctima, en esta ocasión, es un hombre del CIA, de lo que yo empiezo a cansarme, teniente Saltzman, es de la animadversión hawaiana hacia el CIA.

Dio media vuelta y se dirigió al elevador.

Dick Conway estaba tendido de bruces sobre la alfombra de la habitación dieciocho, con dos balazos en la espalda.

La habitación que había ocupado el desaparecido profesor George.

Los muchachos del Escuadrón Metropolitano lo habían puesto todo, prácticamente todo, patas arriba.

Curtis ya no necesitaba ver más. Le bastaba mirar el cadáver de su compañero para que su cerebro se inundase de luz.

Para que se diera cuenta de que Marisa Da Costa era la única mujer sincera con quien se había tropezado en todo aquel asunto.

Y acertada en sus sospechas.

Porque Dean Curtis estaba firmemente convencido de que…

Salió de la habitación. Del hotel. Subió al «Mercedes».

—Vamos a ver a tu amigo, Marisa.

CAPÍTULO X

La avioneta de Francis Zarco se remontó en el aire, alzándose materialmente de las olas del Pacífico.

Y mientras remontaba el vuelo, viendo cómo la diminuta balsa y sus tripulantes se convertían en un punto diminuto sobre el océano, estuvo agitando la mano desde el otro lado de la carlinga en señal de despedida.

El aire azotaba los sedosos cabellos de la mujer. Curtis, remando vigorosamente a favor del viento, respiraba profundamente al compás de cada movimiento.

—Jamás soñé vivir una aventura tan extraordinaria —dijo ella.

—Sueña ahora con poderla explicar.

Se inclinó la mujer para besar fugazmente los labios de Curtis.

—No me distraigas, que podemos chocar —ironizó el hombre del CIA.

Poco tuvo que seguir remando.

Zarco les había dejado muy cerca del deshabitado islote.

—Está amaneciendo —musitó Marisa.

—Sí, y ya llegamos. Tiéndete en el fondo de la balsa. Obedeció rápidamente la mujer, mientras Curtis manejaba los remos con habilidad.

Rodeó la isla silenciosamente.

No se apreciaba a simple vista rastro de vida humana.

—Esconderemos la balsa aquí.

Saltaron ambos a tierra y arrastraron la frágil embarcación hasta unos estirados y frondosos arbustos que, muy extrañamente, parecían brotar de la misma arena.

Dean tomó a Marisa de la mano echando a correr paralelo al contorno de la playa.

—¡Mira eso, Dean!

Ella había extendido el índice de su diestra sobre el entrante que la configuración del islote formaba a poca distancia de ellos.

—Parece una gruta subterránea. Debe de ser la entrada de la base. ¡Vamos, muñeca! Tuvieron que recorrer el tramo final a nado hasta llegar a la boca del entrante.

Y ambos quedaron boquiabiertos.

La gruta era mucho mayor, inmensamente mayor de lo que les había parecido desde lejos. Una rampa descendía desde la entrada, en plano inclinadísimo, hasta un enorme redondel en el que se hallaban alineados más de cincuenta aparatos de propulsión a chorro.

—¡Son aviones, Dean!

—Lo esperaba —admitió él—. Son los que llevan instalado el «atómico —fragmentizador». Estos aparatos pueden recorrer el mundo en menos de una hora y hacerlo desaparecer.

—Dean… —susurró Marisa cerca de su oído—, ¿no te extraña una cosa?

—¿Qué cosa?

—No hay centinelas.

—Consecuencia lógica de la enorme confianza que tienen de que nadie pueda llegar hasta aquí.

Mientras hablaban habían ido descendiendo por la rampa.

Llegaron a la enorme superficie redonda sin contratiempo alguno, y allí su sorpresa creció al máximo.

Era simplemente una plataforma giratoria y elevadiza, que podía alzarse hasta una altura aproximada de cien metros por encima de la isla.

Al menos, eso podía deducirse de los números intercalados en las guías métricas sobre las que se accionaba la plataforma.

Rodeándola, en un plano más elevado, quince metros aproximadamente, se alzaba una auténtica ciudad; con edificios metálicos, trazos rectos de línea estilizada, enormes ventanas cubiertas por persianas graduables…

¡Fantástico!

Muy despacio, extremando las precauciones, fueron dando la vuelta alrededor de la plataforma hasta situarse al otro lado, en la entrada de una calle pasillo, con suelo, paredes y techo de acero.

Desembocaba a uno de los edificios. Quizá el más alto de todos.

Curtis extrajo del bolsillo el «atómico-fragmentizador» que arrebatara al cadáver de «Chacha» Duke, pensando en la paradoja de que se disponía a combatir al enemigo en su propio terreno y con sus mismas armas.

Con la izquierda tomó una mano de Marisa tirando de ella.

Llegaron a la entrada del silencioso edificio.

—¡Igual que uno cualquiera de Nueva York, Washington u otra ciudad del mundo!

Traspusieron la puerta.

Y ambos, al unísono, cayeron al suelo como si les hubiese fulminado un invisible rayo.

* * *

Descorrió los párpados pesadamente.

Pero hubieron de transcurrir un par de minutos, antes sus ojos no enfocaron debidamente lo que aparecía ante ellos.

Era una sala de proporciones inmensas.

Paredes de acero, pulidas, lisas, a excepción de la izquierda que estaba convertida en un enorme cuadro de mandos.

Algo verdaderamente extraordinario.

Destacaban por encima de todos los incomprensibles instrumentos seis volantes, equidistantes entre sí, y un voltímetro de gran tamaño que, sin duda, regulaba el organismo artificial de toda la isla.

Frente a él corría una mesa larga y estrecha a la que se hallaba sentada una mujer. Vestida de rojo y cubierto el rostro por un antifaz del mismo color.

¡La «Doctora Cosmógono»!

Sobre la mesa, muy cerca de sus manos, se hallaba un aparato que muy bien podía tomarse por una radio.

Pero mala interpretación ésa. Curtis sabía que era un «atómico-fragmentizador».

—¡Bien venido,
CI-003!
—saludó irónicamente la enmascarada—. Estuve contemplando tus maniobras desde que dejaste la avioneta.

Curtis, correspondiendo con una sonrisa no menos burlona, se dispuso a jugar sus últimas cartas.

Traía en su mente la «baraja» del desconcierto.

¿Serviría para ganar la partida?

—Puedes quitarte esa máscara ridícula… ¿O es que he sido invitado a un carnaval?

Rió la mujer.

—Sí, Curtis, a un carnaval de muerte.

Desafió

CI-003

de nuevo con su fría sonrisa.

—Nada me oculta ese antifaz…, *mi dulce enamorada Lorena.*

Había ganado la primera baza. Lo supo de inmediato. Sólo con ver cómo se contraían los ojos almendrados, que apenas se distinguían tras el antifaz.

Cerca de él, otros ojos. Verde violeta, de la hermosa hawaiana que no se volviera a recoger su bolso.

Marisa Da Costa estaba asustada.

—Eres muy inteligente, Dean Curtis —habló la «Doctora Cosmógono», despojándose del antifaz—. No quería creer lo que de ti decían y por eso fui a conocerte en persona. Fingiendo asociarte podía ganar tu confianza y traerte hasta aquí.

—¿Cómo no lo hiciste? ¿Acaso porque sabías que cuando encontrara muerto a mi compañero Conway comprendería la verdad?

—Yo le ordené que matara a Conway, amigo Curtis —dijo una voz masculina a espaldas del agente del CIA.

—Sí, sí, también sé eso…, *profesor Anthony George.*

Percibió el respingo del otro ante la sorpresa de verse identificado.

Trató Curtis de volverse.

—¡Quieto, Dean! —Tralló Lorena, depositando el índice de su mano derecha sobre el pulsador rojo del aparato—. ¡Si te mueves otra vez…, desapareces!

Se encogió de hombros.

—¿Qué más da ahora que después?

—¿Cómo llegó a sospechar de mí? —preguntó con voz dura el gelatinoso profesor.

—Mi Gobierno debió de ser el primero en sospechar cuando usted, tan repentinamente, decidió pasar unas vacaciones en Hawai alegando fatiga mental. ¿Por qué en Hawai, profesor? Yo se lo diré. Porque usted quería estar cerca de Anahorlew el día en que su cabeza visible, «Doctora Cosmógono», fragmentara la isla de Mantangen y pidiera a los miembros de la OIDM la rendición incondicional del mundo. Usted es el creador de ese ingenio diabólico, usted dirigía a distancia esta base secreta, usted se había vuelto rematadamente loco con la idea de ser el amo del Universo, usted cometió muchos errores, muchos, profesor Anthony George.

—¡Mientes, maldito Curtis, mientes! ¿Qué errores he cometido yo?

—El básico, el fundamental, dictar mi muerte antes de que Washington decretara mi intervención en el asunto del «atómico-fragmentizador». Lorena escuchó cómo los componentes del «Intelligence Organization of the Worldly Defence» hablaban de encomendar la misión a

CI-003

del Departamento Nacional de Defensa del CIA. ¡Qué coincidencia, su agente escolta! Por eso Lorena pudo enviar contra mí a sus esbirros en el momento de llegar a Honolulú. Porque el verdadero jefe de la organización le había facilitado los datos necesarios. Las cosas no salieron bien, ¡qué pena! La propia Lorena, en vista de tanto fracaso, decidió salir de su escondrijo para atraerme con su papel de mujer ingenua, de criatura forzada a hacer algo desagradable. Inteligente estratagema… ¡pero tampoco dio frutos! ¿Por qué? Porque cuando yo la dejé a la puerta del «Paradis Rouge», convencido de que era mía dulce, ingenua y leal muchachita, una valerosa criatura que había arriesgado su vida por mí, le faltó tiempo para correr a la habitación de su jefe supremo. Lo que ustedes dos hablaron fue escuchado por el agente que me había relevado en la misión de protegerle, profesor George. Dick Conway, que cumplía su primer trabajo como agente del CIA, lo tomó muy en serio. Para mí, vigilarle carecía de importancia. Sin embargo, para Conway tenía mucha. Se le ocurrió poner una emisora de referencia radarística en su habitación, previniendo la posibilidad de que alguien tratara de atentar contra su vida, profesor. ¡Qué sorpresa se llevaría el infortunado Conway al oír

cómo usted y la dulce Lorena planeaban la manera definitiva para terminar conmigo! Pero Conway era inexperto. Cometió el error de enfrentarse con ustedes abiertamente, dando oportunidad a que la ingenua Lorena le clavase un par de balazos por la espalda. ¿He dicho bien, profesor?

—¡Sí, sí, muy bien! Lorena lo mató. Y usted a «Chacha» Duke, ¿no, Curtis?

—¡Oh, sí! Tuve que matarla. Y también a un buen número de sus asesinos, además, me hice con uno de esos deliciosos «aparatitos» fruto de su genio, profesor. ¡Ah! ¿Me lo han quitado?

Dean se palpó instintivamente. Pero no para saber si le habían despojado del «atómico-fragmentizador», cosa que era obvia, sino para comprobar si le habían dejado el paquete de cigarrillos y el mechero.

A punto estuvo de lanzar un ruidoso suspiro.

Lorena soltó una carcajada.

—Y todo eso —arrastró con sádica entonación—, ¿para qué? ¿Para qué investigar tanto, para qué descubrir, para qué deducir, para qué averiguar, Curtis? ¡Para al fin morir!

Dean, por el rabillo del ojo, trató de captar la posición que el profesor George ocupaba a su espalda.

Creyó, por cómo le había llegado la voz, que estaba en línea oblicua a poca distancia, un par de yardas de él.

A la derecha veía cuatro individuos de rostros hieráticos. Con las manos enfundadas en rojos guantes, lo mismo que el mono, y cruzadas sobre el pecho.

A la izquierda de estos cuatro hombres estaba la hermosa hawaiana de los ojos verde violeta.

Cerca de él.

—¡Quieto, Curtis! —Tralló Lorena.

—Voy a fumar, muñeca. ¿O no puedo? De lo contrario, haberme quitado los cigarrillos.

—Déjalo —intervino George desde atrás.

Y cuando el profesor vio que Curtis iba a extraer el mechero, gritó a Lorena:

—¡Ahora!

Fue aquél el salto más espectacular que Dean Curtis había realizado —y realizaría— en su vida.

Describió una perfecta parábola en el preciso instante que Lorena pulsaba el «atómico-fragmentizador».

—¡Maldito! ¿Qué me has hecho?

Estupefacta, atónita.

Dióse cuenta de que el cuerpo de Anthony George, el jefe de la base, el creador del instrumento que les aseguraba poder sobre el mundo, había desaparecido al recibir los rayos destinados a Curtis.

En su absorción, perdió valiosos segundos.

Porque Dean, sin miramientos, hizo funcionar el rayo láser.

Lorena no se dio cuenta de cómo moría, de cómo le habían carbonizado la cabeza.

Los tipos del mono encamado se lanzaron en tropel contra Curtis.

Pero el agente del CIA, en otro de sus *plongeons* espectaculares, cayó sobre la mesa donde yacía Lorena e hizo funcionar el «atómico-fragmentizador».

Desaparecieron los cuatro. Y Curtis, como un niño exaltado, gritó:

—¡He vencido, he vencido!

Marisa se tambaleaba.

La recogió entre sus brazos, diciendo:

—Amor, resiste unos minutos más. Pronto saldremos de aquí.

Acto seguido regresó a la mesa, tomó el aparato, corrió de nuevo hacia Marisa y tiró de ella camino de la salida.

Llegaron hasta la plataforma donde estaban los reactores, sin ningún nuevo contratiempo.

Curtis, en el centro de aquélla, giró sobre sí mismo accionando el pulsador rojo. ¡Inaudito!

Pero cierto.

Los fatales aviones habían desaparecido.

Alcanzaron luego la rampa.

Y al ascender se tropezaron con varios hombres y un núcleo de paradisíacas mujeres que venían hacia ellos.

Curtis no dudó.

Igual que una metralleta, usó del «atómico-fragmentizador» en abanico.

Desaparecieron todos.

Ya no hubieron más obstáculos hasta llegar a la balsa,

arrastrarla hacia el océano, depositar en ella el desvanecido cuerpo de Marisa y lanzarse a las bravas olas del Pacífico.

Remó hasta que se hubieron alejado de la isla una distancia prudencial.

Luego, volviéndose hacia ella, levantó en su mano derecha el «atómico-fragmentizador», apretó el pulsador fatídico mientras hacía girar lentamente el aparato.

Sí, igual que sucediera con la isla de Mantangen, la de Anahorlew acababa de desaparecer de la cosmogonía terrestre en fracciones de segundo.

Curtis tiró a las aguas del océano el fatídico invento del profesor Anthony George. Flotaba.

Seguidamente, haciendo uso del mechero, envió el rayo láser sobre el siniestro aparato.

Y ante su sorpresa, vio cómo el «atómico-fragmentizador», al introvertirse su funcionamiento por la acción de una materia similar en potencia… ¡se fragmentaba! Luego, tranquilamente, prendió un cigarrillo con el mechero.

¡Que también servía para eso!

—Misión cumplida —musitó para sí.

No se preocupó de los remos.

Fumaba, aspirando el humo con fruición.

De repente, la desvanecida Marisa saltó en el aire agitando sus brazos como aspas de molino.

Curtis la atrapó de inmediato por los pies haciéndola caer.

—¡Eh! ¿Por qué eres tan escandalosa?

Abrió mucho sus hermosos ojos.

—¡Dean, era un barco! Le hacía señas para que viniese a recogemos.

—¿Recogemos?

—No podemos seguir en el océano, nos perderíamos, Dean.

—¿No podemos…?

Marisa se iba rindiendo poco a poco.

—¡Dean! Por favor, te lo suplico… No tenemos provisiones, no.

—Tenemos amor, mucho amor, pequeña. Hemos de hacer planes para nuestro futuro hogar. ¿Dónde mejor que en la quietud del océano?

—Sí, mi vida.

—Nos casaremos en el primer puerto donde consigamos atracar.

—¿Resistiremos sin provisiones, Dean?

—Se pueden resistir muchos días, muñeca. En tanto dure el amor…

—¿Cuántos días?

—¿Qué importa eso, escultura de ojos verdes? ¿Te importa a ti?

—¿Cuándo nos rescatarán?

—¿Qué importa eso, maravillosa criatura? ¿Te importa a ti?

Un suspiro.

—No, amor. No, Dean. Nada me importa si miro tus ojos azules, si tengo tus caricias…

La balsa desaparecía en algunos instantes oculta tras las olas bravías del fiero océano. Pero CI-003 no temía a nada.

Marisa Da Costa ni se daba cuenta ya de que estaban en medio del océano Pacífico. ¿Qué importaba todo mientras durase el amor?

FIN



Francisco Caudet Yarza (Barcelona 1939), ya en la infancia manifiesta su inclinación hacia la literatura y se apasiona con la lectura de clásicos franceses y rusos (Dumas, Tolstoi, Verne), autores que simultánea con los españoles de la novela de kiosco como Mallorquí, Donald Curtis, Mark Halloran y otros, en especial Guillermo López Hipkiss con el que se identifica de tal modo que, pasado el tiempo y siendo ya un profesional de la novela popular, reconoce que él ha sido el auténtico detonante de su vocación literaria. Debuta en 1965 en el mundo de los «bolsilibros» con la madrileña Editorial Rollán que le publica su primer original en la legendaria serie FBI, con el título de Enigma. Dos años después la barcelonesa Bruguera le ofrece un contrato de colaboración en exclusiva para novelas de bolsillo, empresa que comercializa durante años sus originales que rozan los cuatrocientos títulos y que firma con el más conocido de sus seudónimos: Frank Caudett. Con el devenir del tiempo incursiona en otros ámbitos literarios y publica con diferentes editoras, entre ellas Edimat, Libsa, Planeta, Ediciones Obelisco, etc. Algunas de sus obras más significadas son: Al correr del tiempo…, Generaciones Castradas, Historia Política de Cataluña

1880-1936,

Las profecías de Nostradamus, Franco resumen biográfico y es autor, junto con su esposa, la documentalista María José Llorens, del primer libro sobre la Ouija que se publica en la España de la transición. Desde hace varios años colabora con un *holding* editorial sudamericano.

Multieditors de Promociones, S. L., *holding* sudamericano antes aludido, es la editora que publica actualmente la totalidad de su producción literaria, repartida en diferentes colecciones, según las respectivas temáticas. Death Club es una serie policiaca, lo que hoy se conoce como «novela negra», en la que volviendo a su legendario seudónimo de Frank Caudett, han aparecido varios títulos suyos. El último, La Starlet, según los informes que le facilita la propia editorial, ha recibido el beneplácito de la asesoría literaria y también una favorable acogida por parte del público lector.

Utilizó los
ALIAS:

- Frank Caudett.
- Frankie Cauyarz.
- Kyle Brown.
- Michael Bannister.
- Montana Blake.
- Ariel Sinclair.
- Winston McNeil.

Notas

[1] Organización de Inteligencia para la Defensa Mundial. <<

[2] Nombre formado con las iniciales de *Light* Amplifier by Simulated Emissions of Radiation, amplificador por emisión estimulada de radiaciones, amplificador de ondas electrónicas infrarrojas, invisibles, que produce un haz muy fino de gran energía, altamente monocromático y de frecuencia muy estable y coherente, es decir que se propaga en fases concordantes. Puede ser concentrado en una superficie muy reducida a gran distancia, obteniéndose así temperaturas elevadísimas. El tipo primitivo consiste en un cilindro de rubí alrededor del cual se dispone una lámpara *flash* alimentada por una batería de acumuladores; el cilindro de rubí lleva un extremo o base fuertemente plateado, en tanto que el otro extremo lo está ligeramente para dejar paso al haz de fotones creado por la excitación de los átomos de cromo que entran en la composición del rubí natural. <<